

Shelley

Mary Shelley

Frankenstein

o

El moderno Prometeo

(Versión original)

Tomo II



IN OCTAVO
2025

Este libro se publica y ofrece gratuitamente a los suscriptores de *In Octavo*, con el único propósito de su puesta a disposición, en el mismo sentido en que lo haría una biblioteca pública. Esto no significa en modo alguno que su contenido haya sido librado al dominio público. Los propietarios de los derechos pertinentes están debidamente consignados. Cualquier uso alternativo, comercial o no, que se haga de esta versión digital o se derive de ella es absolutamente ilegal.

In Octavo

inoctavo.com.ar

Mary Shelley

Frankenstein
o
El moderno Prometeo

(Versión original)

Tomo II



**IN OCTAVO
2025**

Noticia

Victor Frankenstein, doctorado en filosofía natural, es un joven extremadamente inteligente, ambicioso y esforzado, que considera casi una obligación emplear esas cualidades en alguna empresa magnífica capaz de beneficiar a la humanidad toda. Como hombre que vive a caballo de los siglos XVIII y XIX, es un hijo de la Ilustración y como tal, superados algunos coqueteos con la tradición oculta, confía plenamente en los poderes de la razón y los empeña con éxito para descubrir el secreto de la vida. Pero, como diría Goya décadas más tarde, el sueño de la razón produce monstruos, y el sueño de Frankenstein engendra el suyo, que lo perseguirá hasta el fin causándole indecibles sufrimientos y penurias.

Que la monstruosa criatura le haya robado el nombre a su creador en la imaginación del público es apenas una de las rarezas asociadas a esta novela de singular factura (historias insertadas unas dentro de otras, como en un juego de cajas chinas), cuya riqueza de significados excede con mucho la del relato de terror. La anécdota ha sido reproducida hasta el cansancio por el teatro, el cine y la televisión, pero esa popularidad no ha desalentado el interés de los eruditos, que han abordado este relato desde todas las perspectivas posibles, incluyendo la sociología, el psicoanálisis, la ideología de género y la crítica de la cultura.

Mary Shelley (1797-1851) escribió esta novela a los veintiún años, y asombra la penetración con la que describe las relaciones familiares y sociales de su época. Sus padres —William Godwin y Mary Wollstonecraft— eran activos publicistas de izquierda, y tal vez heredó de ellos la lucidez política pero no las ideas, mucho más conservadoras en comparación. Se casó con el poeta Percy B. Shelley, y concibió la historia durante unas vacaciones que compartían en Suiza con otros escritores, en el marco de un desafío literario destinado a entretener el encierro al que los obligaba el mal clima.

*Además de ésta, que le dio la fama, Mary Shelley escribió otras novelas, entre ellas Matilda (1819), Valperga (1823), El último hombre (1826), Lodore (1835) y Falkner (1837). Frankenstein apareció en 1818, fue su estreno como escritora, y no se atrevió a firmarlo. En 1831 revisó la redacción (según algunos críticos para moderar su crudeza inicial, según otros para eliminar correcciones introducidas por su marido), y publicó la novela bajo su nombre. Esta última edición es la más conocida y traducida; la que aquí presentamos, en versión castellana de **In Octavo**, sigue la original, publicada en tres tomos, y menos difundida. Para facilitar la lectura se han introducido algunas modificaciones formales en la presentación del texto, que se describen en cada caso.*

El Editor

Frankenstein
o
El moderno Prometeo

**La historia de
Victor Frankenstein,
contada por él mismo**

(continuación)

Capítulo I

CUANDO UNA rápida sucesión de acontecimientos tensa al máximo las emociones, nada es más doloroso para el espíritu humano que esa calma sepulcral de inacción y certidumbre que viene a continuación, y que priva al alma tanto de esperanza como de temor. Justine estaba muerta. Ella encontró su descanso, y yo seguía vivo. La sangre fluía libremente por mis venas, pero un peso de desesperación y remordimiento del que nada podía librarme oprimía mi corazón. El sueño huyó de mis ojos; yo deambulaba como un espíritu maligno, pues había cometido actos de maldad indescriptiblemente horribles, y más, mucho más (estaba seguro de ello) aún estaba por venir.

Sin embargo, mi corazón rebosaba de bondad y amor a la virtud. Había comenzado mi vida con las mejores intenciones y anhelando el momento de ponerlas en práctica y ser útil a mis semejantes. Ahora todo se había desvanecido: en lugar de la sereni-

dad de conciencia que me habría permitido recordar el pasado con satisfacción y allí fundamentar la promesa de nuevas esperanzas, me veía preso del remordimiento y la culpa, que me arrastraban a un infierno de intensos tormentos, imposibles de describir con palabras.

Este estado de ánimo afectó gravemente mi salud, que se había recuperado por completo del primer golpe sufrido. Evitaba el contacto con los demás; todo sonido de alegría o de placer me resultaba una tortura; la soledad era mi único consuelo: una soledad profunda, oscura, casi mortal.

Mi padre observó con dolor la alteración perceptible en mi carácter y mis hábitos, e intentó razonar conmigo sobre la insensatez de dejarme llevar por un dolor desmedido.

—¿Crees, Víctor, que yo no sufro también? —me dijo—. Nadie podría amar a un hijo más de lo que yo amé a tu hermano —se le llenaban los ojos de lágrimas al hablar—, pero ¿acaso no es un deber para con los que quedan el abstenernos de aumentar su desdicha con una desmedida exhibición de dolor? También es un deber para contigo mismo; pues el dolor excesivo impide el progreso o el disfrute, e incluso el desempeño de las tareas cotidianas, sin las cuales ningún hombre es apto para la sociedad.

Este consejo, aunque bien intencionado, era totalmente inaplicable a mi caso; habría sido el primero en ocultar mi dolor y consolar a mis amigos, si el remordimiento no hubiera mezclado su amargura

con mis demás sentimientos. Ahora sólo podía responder a mi padre con una mirada de desesperación e intentar ocultarme de su vista.

Por ese entonces nos retiramos a nuestra casa de Belrive. Este cambio me sentó particularmente bien. El cierre de las puertas a las diez de la noche, y la imposibilidad de permanecer en el lago después de esa hora, habían hecho que nuestra residencia dentro de las murallas de Ginebra me resultara muy molesta. Ahora era libre. A menudo, después de que el resto de la familia se hubiera retirado a dormir, tomaba la barca y pasaba muchas horas en el agua. A veces, con las velas desplegadas, me dejaba llevar por el viento; y otras, después de remar hasta el centro del lago, abandonaba la embarcación a su suerte y me entregaba a mis tristes reflexiones.

A menudo me sentía tentado, cuando todo a mi alrededor estaba en paz, y yo era el único ser que vagaba inquieto en una escena tan hermosa y celestial, si exceptuaba algún murciélago o las ranas, cuyo croar áspero e interrumpido sólo se oía cuando me acercaba a la orilla; a menudo, digo, me sentía tentado de hundirme en el lago silencioso, para que las aguas me cubrieran a mí y a mis calamidades para siempre. Pero me contenía, al pensar en la heroica y sufrida Elizabeth, a quien amaba tiernamente y cuya existencia estaba ligada a la mía. Pensaba también en mi padre y en mi hermano sobreviviente. ¿Debía, con mi vil abandono, dejarlos expuestos e indefensos a la maldad del demonio que había liberado entre ellos?

En esos momentos lloraba amargamente y deseaba que la paz volviera a mi mente, sólo para poder brindarles consuelo y felicidad. Pero era imposible. El remordimiento extinguía toda esperanza. Había sido el causante de males irreparables y vivía siempre con miedo, miedo de que el monstruo que había creado perpetrara alguna nueva maldad. Tenía el vago presentimiento de que no todo había terminado, y que aún cometería algún crimen atroz, cuya magnitud casi borraría el recuerdo del pasado. Mientras existiera algo que amara, siempre habría lugar para el miedo.

Mi aversión por ese demonio era inconcebible. Cuando pensaba en él, rechinaba los dientes, mis ojos se enrojecían, y deseaba ardientemente extinguir la vida que le había otorgado de modo tan irresponsable. Al reflexionar sobre sus crímenes y su maldad, mi odio y mi sed de venganza se desbordaban. Habría peregrinado hasta la cima más alta de los Andes si, una vez allí, hubiera podido precipitarlo a su base. Deseaba volver a verlo para descargar toda mi ira sobre él y vengar la muerte de William y Justine.

Nuestra casa era un lugar luctuoso. La salud de mi padre se había resentido seriamente por el horror de los recientes acontecimientos. Elizabeth estaba triste y abatida: ya no disfrutaba de sus ocupaciones habituales; todo placer le parecía un sacrilegio hacia los muertos; pensaba entonces que el dolor y las lágrimas eternas eran el justo tributo que debía rendir a la inocencia destrozada y destruida. Ya

no era aquella criatura feliz que, en su juventud, paseaba conmigo a orillas del lago y conversaba con entusiasmo sobre nuestro futuro. Se había vuelto seria y hablaba a menudo sobre la inconstancia de la fortuna y la inestabilidad de la vida humana.

—Cuando reflexiono, mi querido primo, sobre la desdichada muerte de Justine Moritz —me dijo—, ya no veo el mundo ni sus obras como antes me parecían. Entonces consideraba los relatos sobre pervisión e injusticia, que leía en los libros o escuchaba de otros, como cuentos de tiempos antiguos, o males imaginarios; al menos eran lejanos y más familiares a la razón que a la imaginación; pero ahora la desdicha ha llegado a mi vida, y los hombres me parecen monstruos sedientos de sangre.

«Pero ciertamente soy injusta. Todos creyeron que esa pobre muchacha era culpable; y si hubiera podido cometer el crimen por el que sufrió, sin duda habría sido la más depravada de las criaturas. ¡Por unas pocas joyas, asesinar al hijo de su benefactor y amigo, un niño al que había criado desde su nacimiento y a quien parecía amar como si fuera suyo! No podría consentir la muerte de ningún ser humano; pero sin duda habría considerado a semejante criatura indigna de permanecer en sociedad.

«Sin embargo, era inocente. Yo sé, yo siento que era inocente; tú opinas igual, y eso me lo confirma. ¡Ay, Víctor! Cuando la mentira puede parecer tan real, ¿quién puede estar seguro de la felicidad? Me siento como si caminara al borde de un precipicio,

hacia el cual se agolpan miles, intentando arrojarme al abismo. William y Justine fueron asesinados, y el asesino escapa; anda por el mundo, libre, y tal vez respetado. Pero aunque me condenaran a sufrir en el patíbulo por los mismos crímenes, no cambiaría mi lugar con semejante canalla.»

Escuché este discurso con el más hondo dolor. Yo, no en el hecho, sino en la causa, era el verdadero asesino. Elizabeth leyó la angustia en mi rostro y, tomándome la mano con dulzura, dijo:

—Mi queridísimo primo, debes calmarte. Estos sucesos me han afectado profundamente, Dios sabe cuánto; pero no me siento tan desdichada como tú. Advierto una expresión de desesperación, y a veces de venganza, en tu rostro, que me hace temblar. Tranquilízate, mi querido Víctor; daría mi vida por tu paz. Seguramente seremos felices: tranquilos en nuestro terruño, sin mezclarnos con el mundo, ¿qué podría perturbar nuestra paz?

Mientras así hablaba, derramaba lágrimas, desconfiando del consuelo que ella misma ofrecía; pero al mismo tiempo sonreía, queriendo ahuyentar al demonio que acechaba en mi corazón.

Mi padre, que veía en la tristeza que se reflejaba en mi rostro sólo una exageración de la pena que yo podía sentir naturalmente, pensó que una diversión a mi gusto sería el mejor medio para devolverme mi habitual serenidad. Fue por este motivo que se había mudado al campo; y, movido por la misma razón, propuso que hiciéramos una excursión al valle de

Chamonix. Yo ya había estado allí, pero Elizabeth y Ernest nunca; y ambos habían expresado a menudo un ferviente deseo de ver el paisaje de este lugar, que les habían descripto como maravilloso y sublime. Así pues, partimos de Ginebra para esta excursión a mediados de agosto, casi dos meses después de la muerte de Justine.

El tiempo era excepcionalmente bueno; y si mi pena hubiera sido algo que pudiera disiparse con una circunstancia pasajera, esta excursión sin duda habría tenido el efecto deseado por mi padre. En realidad, me interesaba poco el paisaje; a veces me tranquilizaba, aunque no lograba extinguir mi tristeza.

Durante el primer día viajamos en carruaje. Por la mañana habíamos visto las montañas a lo lejos, hacia las cuales avanzamos gradualmente. Percibimos que el valle por el que serpenteábamos, formado por el río Arve, cuyo curso seguíamos, se iba estrechando poco a poco; y al ponerse el sol, contemplamos inmensas montañas y precipicios que nos rodeaban por todas partes, y oímos el rugido del río entre las rocas y el estruendo de las cascadas a nuestro alrededor.

Al día siguiente continuamos nuestro viaje a lomo de mula; y a medida que ascendíamos, el valle adquiría un carácter más magnífico e impresionante. Castillos en ruinas colgando sobre los precipicios de montañas cubiertas de pinos; el impetuoso Arve, y cabañas que asomaban aquí y allá entre los árbo-

les, formaban un paisaje de singular belleza. Pero éste se veía realzado y vuelto sublime por los imponentes Alpes, cuyas blancas y brillantes pirámides y cúpulas se empinaban sobre todo el resto, como pertenecientes a otra tierra, a la morada de otra raza de seres.

Pasamos el puente de Pelissier, donde el desfiladero que forma el río se abría ante nosotros, y comenzamos a ascender la montaña que lo domina. Poco después entramos en el valle de Chamonix. Este valle es más maravilloso y sublime, pero no tan bello y pintoresco como el de Servox, que acabábamos de atravesar. Las altas montañas nevadas eran sus límites inmediatos; pero ya no vimos castillos en ruinas ni campos fértiles. Inmensos glaciares se acercaban a la carretera; oímos el estruendo de la avalancha y observamos el humo que dejaba a su paso. El Mont Blanc, el supremo y magnífico Mont Blanc, se alzaba entre las agujas circundantes, y su tremenda cúpula dominaba el valle.

Durante este viaje, a veces acompañaba a Elizabeth y me esforzaba por mostrarle las diversas bellezas del paisaje. Pero con frecuencia dejaba que mi mula se rezagara y me entregaba a la melancolía de la reflexión. Otras veces, espoleaba al animal delante de mis compañeros para poder olvidarme de ellos, del mundo y, sobre todo, de mí mismo. Cuando me alejaba, desmontaba y me dejaba caer sobre la hierba, abatido por el horror y la desesperación. A las ocho de la noche llegué a Chamonix. Mi padre y Eli-

zabeth estaban muy cansados; Ernest, que nos acompañaba, estaba encantado y de buen humor: la única circunstancia que le empañaba el placer era el viento del sur y la lluvia que parecía anunciarse para el día siguiente.

Nos retiramos temprano a nuestros aposentos, pero no a dormir; al menos yo no. Permanecí muchas horas junto a la ventana, observando los pálidos relámpagos que iluminaban el cielo sobre el Mont Blanc y escuchando el murmullo del Arve, que corría bajo mi ventana.

Capítulo II

AL DÍA SIGUIENTE, contrariamente a los pronósticos de nuestros guías, amaneció sin lluvias, aunque nublado. Visitamos el nacimiento del Arveiron y cabalgamos por el valle hasta el anochecer. Estas escenas sublimes y magníficas me brindaron el mayor consuelo que podía recibir. Me elevaron de toda mezquindad; y aunque no eliminaron mi pena, la apaciguaron y tranquilizaron. En cierta medida, también, distrajeron mi mente de los pensamientos que la habían atormentado durante el último mes. Regresé por la noche, cansado, pero menos triste, y conversé con mi familia con más animación que la acostumbrada desde hacía tiempo. Mi padre se alegró, y Elizabeth se llenó de júbilo.

—Mi querido primo —dijo—, mira el contento que irradas cuando eres feliz; ¡no vuelvas a recaer!

A la mañana siguiente, la lluvia caía a cántaros y una espesa niebla ocultaba las cumbres de las

montañas. Me levanté temprano, pero me sentía extrañamente melancólico. La lluvia me deprimió; los viejos sentimientos reaparecieron y me sentía desdichado. Sabía lo decepcionado que estaría mi padre ante este repentino cambio, y deseaba evitarlo hasta haberme recuperado lo suficiente como para poder ocultar los sentimientos que me abrumaban. Sabía que ese día se quedarían en la posada; y como ya estaba acostumbrado a la lluvia, la humedad y el frío, decidí ir solo a la cima de Montanvert.

Recordé el efecto que la vista del tremendo glaciar en constante movimiento había producido en mi mente cuando lo vi por primera vez: me había llenado entonces de un éxtasis sublime que daba alas al alma y le permitía ascender del mundo oscuro a la luz y la alegría. La visión de lo imponente y majestuoso de la naturaleza siempre había tenido el efecto de elevar mi mente y hacerme olvidar las preocupaciones pasajeras de la vida. Resolví ir solo, pues conocía bien el sendero, y la presencia ajena destruiría la grandeza solitaria del paisaje.

El ascenso es empinado, pero el sendero está surcado por curvas cortas y continuas. Esto permite sortear la verticalidad de la montaña. El paisaje es terriblemente desolado. En innumerables puntos se aprecian las huellas de la avalancha invernal, donde los árboles yacen rotos y esparcidos por el suelo; algunos completamente destruidos, otros inclinados, apoyados sobre las rocas salientes de la montaña o transversalmente sobre otros árboles. A medida que

se asciende, el sendero está surcado por barrancos de nieve por los que ruedan piedras continuamente desde lo alto; uno de ellos es particularmente peligroso, ya que el más mínimo sonido, incluso hablar en voz alta, produce una onda expansiva capaz de atraer el peligro sobre la cabeza del hablante. Los pinos no son altos ni frondosos, pero son sombríos y añaden un aire de severidad al paisaje.

Contemplé el valle que se extendía a mis pies; vastas brumas se elevaban de los ríos que lo atravesaban, enroscándose en espesas coronas alrededor de las montañas opuestas, cuyas cumbres se ocultaban entre las nubes uniformes, mientras la lluvia caía a cántaros del cielo oscuro, acentuando la melancólica impresión que me producía todo a mi alrededor. ¡Ay! ¿Por qué el hombre se jacta de poseer una sensibilidad superior a las de los animales? Solo los convierte en seres más indispensables. Si nuestros impulsos se limitaran al hambre, la sed y el deseo, quizá seríamos casi libres; pero ahora nos conmueve cada viento que sopla y cada palabra o escena fortuita que esa palabra pueda evocarnos.

Descansamos; un sueño tiene el poder de envenenar el sueño.

Nos levantamos; un pensamiento errante contamina el día.

Sentimos, concebimos o razonamos, reímos o lloramos,

Abrazamos la dulce tristeza o deseamos las preocupaciones;

Da lo mismo: sea alegría o tristeza,

El camino de su partida siempre está despejado.

El ayer del hombre jamás será como su mañana;

¡Nada perdura sino la mutabilidad!

Era casi mediodía cuando llegué a la cima. Durante un rato permanecí sentado en la roca que domina el mar de hielo. Una niebla cubría tanto la roca como las montañas circundantes. Al poco rato, una brisa disipó la nube y descendí sobre el glaciar. La superficie es muy irregular, elevándose como las olas de un mar agitado, descendiendo abruptamente, y salpicada de profundas grietas. El campo de hielo tiene casi una legua de ancho, pero tardé casi dos horas en cruzarlo. La montaña opuesta es una roca desnuda y perpendicular.

Desde el lado donde me encontraba, Montanvert estaba justo enfrente, a una legua de distancia; y sobre él se alzaba el Mont Blanc, con imponente majestuosidad. Permanecí en un recoveco de la roca, contemplando esta maravillosa y estupenda escena. El mar, o mejor dicho, el vasto río de hielo, serpenteaba entre las montañas que lo rodeaban, cuyas cumbres aéreas se cernían sobre sus recovecos. Sus picos helados y brillantes resplandecían bajo el sol sobre las nubes. Mi corazón, que antes estaba triste, ahora se llenó de algo parecido a la alegría; y exclamé:

—Espíritus errantes, si en verdad vagáis y no descansáis en vuestros estrechos lechos, permitidme esta tenue felicidad, o llevadme, como vuestro compañero, lejos de las alegrías de la vida.

Mientras decía esto, divisé de pronto, a cierta distancia, la figura de un hombre que avanzaba hacia mí con velocidad sobrehumana. Saltaba sobre las grietas del hielo, entre las que yo había caminado

con cautela; su estatura también, a medida que se acercaba, parecía superar la de un hombre. Me turbé: una niebla me nubló la vista y sentí que me desmayaba; pero el frío soplo de las montañas me reanimó rápidamente. Percibí, a medida que la figura se acercaba (¡visión tremenda y aborrecible!), que era el miserable que yo había creado. Temblé de rabia y horror, decidido a esperar su llegada y luego enfrentarlo en combate mortal.

Se acercó; su rostro denotaba una angustia amarga, combinada con desdén y malignidad, mientras que su fealdad sobrenatural lo hacía casi demasiado horrible para ojos humanos. Pero apenas lo noté: la ira y el odio me habían enmudecido, y sólo recuperé el habla para abrumarlo con palabras que expresaban furia, repudio y desprecio.

—¡Demonio! —exclamé—, ¿te atreves a acercarte? ¿Acaso no temes la feroz venganza de mi brazo sobre tu cabeza desgraciada? ¡Lárgate, vil insecto! ¡O mejor dicho, quédate, para que pueda aplastarte hasta convertirte en polvo! ¡Y ojalá pudiera, con la extinción de tu miserable existencia, devolver la vida a esas víctimas que tan diabólicamente has asesinado!

—Ya me esperaba esta recepción —dijo el demonio—. Todos los hombres odian a los desdichados; ¡cuánto más me odiarán a mí, que soy más desgraciado que cualquier ser viviente! Sin embargo, tú, mi creador, me detestas y me desprecias, a mí, tu criatura, a quien estás unido por lazos que solo se

disuelven con la aniquilación de uno de nosotros. Pretendes matarme. ¿Cómo te atreves a jugar así con la vida? Cumple con tu deber para conmigo, y yo cumpliré con el mío para contigo y con el resto de la humanidad. Si aceptas mis condiciones, les dejaré en paz; pero si te niegas, colmaré las fauces de la muerte, hasta que se sacie con la sangre de los amigos que te queden.

—¡Monstruo abominable! ¡Sí que eres un demonio! Los tormentos del infierno son una venganza demasiado leve para tus crímenes. ¡Miserable diablo! Me reprochas haberte creado; acércate, pues, para que pueda extinguir esa chispa que tan negligentemente te otorgué.

Mi furia era incontenible; me abalancé sobre él, impulsado por todos los sentimientos que pueden armar a un ser contra la existencia de otro.

Me esquivó fácilmente y dijo:

—¡Cálmate! Te ruego que me escuches antes de dar rienda suelta a tu odio contra mi amada cabeza. ¿Acaso no he sufrido ya bastante, como para que pretendas aumentar mi desgracia? La vida, aunque solo sea una acumulación de angustia, me es preciosa, y la defenderé. Recuerda que me has hecho más poderoso que tú; mi altura es superior a la tuya; mis articulaciones más flexibles. Pero no me dejaré llevar por la tentación de oponerme a ti. Soy tu criatura, y seré incluso manso y dócil con mi señor y rey natural, si tú también cumples con tu parte, la que me debes. ¡Oh, Frankenstein, no seas considerado

con todos los demás y exigente sólo conmigo, a quien más se debe tu justicia, e incluso tu clemencia y afecto! Recuerda que soy tu criatura: debería ser tu Adán, pero soy más bien el ángel caído, a quien negaste la alegría sin haber cometido falta alguna. Por doquier veo dicha, de la cual sólo yo estoy irremediablemente excluido. Fui bueno y bien intencionado; la desdicha me convirtió en un demonio. Hazme feliz, y volveré a ser virtuoso.

—¡Lárgate! No quiero escucharte. No puede haber comunidad entre tú y yo; somos enemigos. ¡Lárgate, o pongamos a prueba nuestras fuerzas en una lucha en la que uno de nosotros deberá caer!

—¿Cómo puedo conmoverte? ¿Acaso ninguna súplica te hará volver una mirada favorable hacia tu criatura, que implora tu bondad y compasión? Créeme, Frankenstein: fui bondadoso; mi alma rebo-saba de amor y humanidad; pero ¿acaso no estoy solo, desdichadamente solo? Tú, mi creador, me aborreces; ¿qué puedo esperar de tus semejantes, que no me deben nada? Me desprecian y me odian.

«Las montañas desérticas y los desolados glaciares son mi refugio. He vagado por aquí muchos días; las cuevas de hielo, a las que no temo, son mi morada, y la única que el hombre no envidia. Saludo a estos cielos sombríos, pues son más benévolos conmigo que tus semejantes. Si la multitud de los hombres supiera de mi existencia, harían como tú y se armarían para mi destrucción. ¿Acaso no he de odiar a quienes me aborrecen? No hay acuerdo posible con

mis enemigos. Soy un desgraciado, y ellos compartirán mi desgracia.

«Sin embargo, está en tu poder compensarme y librarlos de un mal que sólo tu puedes evitar que crezca hasta engullir en el torbellino de su furia no solamente a ti y tu familia sino a otros miles. Deja que tu compasión se conmueva y no me desprecies. Escucha mi relato: cuando lo hayas oído, abandóname o apiádate de mí, según juzgues que merezco. Pero escúchame. La ley humana permite a los culpables, por sangrientos que sean, hablar en su defensa antes de ser condenados. Escúchame, Frankenstein. Me acusas de asesinato; y aun así, con la conciencia tranquila, serías capaz de destruir a tu propia criatura. ¡Oh, alabada sea la eterna justicia del hombre! Aun así, no te pido que me perdones: escúchame; y luego, si puedes y si quieres, destruye la obra de tus manos.»

—¿Por qué traes al presente circunstancias que me estremecen al recordar que yo he sido su desgraciado origen y autor? ¡Maldito sea el día, aborrecible demonio, en que viste la luz por primera vez! ¡Malditas (aunque yo mismo me maldiga) sean las manos que te formaron! Me has hecho desdichado hasta lo indecible. Me has vuelto impotente para considerar si soy justo contigo, o no. ¡Vete! ¡Líbrame de la vista de tu detestable forma!

—Así te libero, mi creador —dijo, y colocó ante mis ojos sus odiadas manos, que aparté con violencia—; así te quito una visión que aborreces. Aún

puedes escucharme y concederme tu compasión. Por las virtudes que alguna vez poseí, te lo exijo.

«Escucha mi relato; es largo y extraño, y la temperatura de este lugar no es apropiada para tus delicados sentidos; ven a la cabaña en la montaña. El sol aún está alto en el cielo; antes de que descienda para ocultarse tras esos precipicios nevados e iluminar otro mundo, habrás escuchado mi historia y podrás decidir. De ti depende si abandono para siempre la compañía de los hombres y llevo una vida inofensiva, o me convierto en el azote de tus semejantes y en el artífice de tu propia y pronta ruina.»

Mientras decía esto, me guió a través del hielo: lo seguí. Sentía el corazón lleno de emoción y no le respondí; pero, mientras avanzaba, sopesé los diversos argumentos que había utilizado y decidí, al menos, escuchar su relato. En parte me impulsaba la curiosidad, y la compasión confirmó mi resolución. Hasta entonces, lo había creído el asesino de mi hermano, y ansiaba una confirmación o desmentido de esta opinión. Por primera vez, también, comprendí cuáles eran los deberes de un creador hacia su criatura y que debía hacerla feliz antes de quejarme de su maldad. Estos motivos me impulsaron a acceder a su petición.

Cruzamos el hielo, pues, y ascendimos la roca opuesta. El aire era frío y la lluvia comenzó a caer de nuevo; entramos en la cabaña, el demonio con aire de júbilo, yo con el corazón apesadumbrado y el ánimo decaído. Pero accedí a escuchar. Y, mientras

me sentaba junto al fuego que mi odioso compañero había encendido, así comenzó él su relato.

Capítulo III

—ME RESULTA muy difícil recordar la época original de mi ser: todos los acontecimientos de aquel período se me antojan confusos e indistintos. Una extraña multiplicidad de sensaciones me invadió, y vi, sentí, oí y olí al mismo tiempo; y, en efecto, pasó mucho tiempo antes de que aprendiera a distinguir entre las operaciones de mis diversos sentidos. Gradualmente, recuerdo, una luz más intensa presionó mis nervios, de modo que me vi obligado a cerrar los ojos. Entonces me envolvió la oscuridad, que me perturbó; pero apenas la había experimentado cuando, al abrir los ojos como ahora supongo, la luz volvió a inundarme.

«Caminé y, creo, descendí; pero enseguida noté una gran alteración en mis sensaciones. Antes, cuerpos oscuros y opacos me rodeaban, impermeables a mi tacto y a mi vista; pero entonces descubrí que podía vagar libremente, sin obstáculos que no pudiera superar o evitar. La luz se volvió cada vez más opre-

siva; y, como el calor me agobiaba mientras caminaba, busqué un lugar donde encontrar sombra. Resultó ser el bosque cerca de Ingolstadt; y allí me recosté junto a un arroyo, descansando de mi fatiga, hasta que me atormentaron el hambre y la sed. Esto me despertó de mi letargo, y comí algunas bayas que encontré colgando de los árboles o tiradas en el suelo. Sació mi sed en el arroyo; y luego, recostado, me venció el sueño.

«Estaba oscuro cuando desperté; también sentía frío, e instintivamente me sentí casi asustado al encontrarme tan desvalido. Antes de salir de tu habitación, y sintiendo frío, me había cubierto con algunas prendas; pero no fueron suficientes para protegerme del rocío de la noche. Era un pobre infeliz, indefenso y miserable; no sabía ni podía distinguir nada; pero, sintiendo que el dolor me invadía por todas partes, me senté y lloré.

«Pronto una suave luz se deslizó por el cielo y me produjo una sensación de placer. Me incorporé de un salto y vi una forma radiante surgir de entre los árboles. La contemplé con asombro. Se movía lentamente, pero iluminaba mi camino; y salí de nuevo en busca de bayas. Todavía tenía frío cuando, bajo uno de los árboles, encontré una enorme capa con la que me cubrí y me senté en el suelo.

«No tenía ideas claras en la mente; todo era confuso. Sentía luz, hambre, sed y oscuridad; innumerables sonidos resonaban en mis oídos y, por todas partes, diversos aromas me saludaban: el único ob-

jeto que podía distinguir era la brillante luna, y fijé la vista en ella con placer.

«Se sucedieron varios cambios de día y noche, y el orbe nocturno ya se había empequeñecido considerablemente cuando comencé a distinguir mis sensaciones entre sí. Poco a poco vi con claridad el arroyo cristalino que me proporcionaba agua y los árboles que me daban sombra con su follaje. Me alegré cuando descubrí que un agradable sonido, que a menudo llegaba a mis oídos, provenía de las gargantas de los pequeños animales alados que a menudo interceptaban la luz que llegaba a mis ojos.

«Comencé también a observar, con mayor precisión, las formas que me rodeaban y a percibir los límites del radiante techo de luz que me cubría. A veces intentaba imitar los agradables cantos de los pájaros, pero no podía. A veces deseaba expresar mis sensaciones a mi manera, pero los sonidos toscos e inarticulados que brotaban de mí me asustaban y me hacían guardar silencio de nuevo.

«La luna había desaparecido por completo de la noche, para reaparecer de nuevo, con una forma disminuida, mientras yo seguía en el bosque. Mis sensaciones se habían vuelto más nítidas para entonces, y mi mente recibía cada día nuevas ideas. Mis ojos se acostumbraron a la luz y a percibir los objetos con claridad; distinguía el insecto de la hierba y, poco a poco, una hierba de otra. Descubrí que el gorrión no emitía más que notas ásperas, mientras que las del mirlo y el zorzal eran dulces y seductoras.

«Un día, abatido por el frío, encontré un fuego que habían dejado unos vagabundos y me embargó el placer al sentir su calor. En mi alegría, metí la mano en las brasas, pero la retiré rápidamente con un grito de dolor. ¡Qué extraño, pensé, que la misma causa produjera efectos tan opuestos! Examiné el fuego y, para mi alegría, descubrí que era de madera. Rápidamente recogí algunas ramas, pero estaban mojadas y no ardían. Esto me mortificó y me quedé quieto observando el comportamiento del fuego. La madera mojada que había puesto cerca del fuego se secó y se incendió.

«Reflexioné sobre esto y, al tocar las distintas ramas, descubrí la causa y me afané en recoger mucha leña para secarla y tener suficiente fuego. Al caer la noche y llegar el sueño, temí profundamente que mi fuego se extinguiera. Lo cubrí cuidadosamente con leña seca y hojas, y coloqué ramas húmedas encima; y luego, extendiendo mi manto, me recosté en el suelo y me quedé dormido.

«Desperté por la mañana y lo primero que hice fue ir a ver el fuego. Lo destapé y una suave brisa lo avivó rápidamente hasta convertirlo en una llama. Observé esto y fabriqué un abanico de ramas que reavivó las brasas cuando estaban casi extintas.

«Al caer la noche, descubrí con agrado que el fuego daba luz además de calor; y que este descubrimiento me resultaba útil para la comida, pues encontré que algunas de las vísceras que habían dejado los viajeros estaban asadas y tenían un sabor

mucho más sabroso que las bayas que recogía de los árboles. Por lo tanto, intenté preparar mi comida de la misma manera, colocándola sobre las brasas. Descubrí que las bayas se estropeaban con este método, mientras que las nueces y las raíces mejoraban mucho.

«La comida, sin embargo, empezó a escasear; y a menudo pasaba el día entero buscando en vano unas pocas bellotas para calmar el hambre. Cuando me di cuenta de esto, decidí abandonar el lugar que había habitado hasta entonces, para buscar otro donde las pocas necesidades que tenía pudieran satisfacerse más fácilmente.

«En esta emigración, lamenté enormemente la pérdida del fuego que había obtenido por casualidad, y no sabía cómo reproducir. Dediqué varias horas a considerar seriamente esta dificultad; pero me vi obligado a desistir de todo intento de resolverla; y, envolviéndome en mi capa, crucé el bosque hacia el ocaso. Pasé tres días en estas andanzas, y por fin descubrí el campo abierto. Había nevado mucho la noche anterior, y los campos estaban cubiertos de un blanco uniforme; el aspecto era desolador, y sentí los pies helados por la fría humedad que cubría el suelo.

«Eran cerca de las siete de la mañana y ansiaba conseguir comida y refugio; al fin divisé una pequeña cabaña en una loma, que sin duda había sido construida para la comodidad de algún pastor. Aquello era una visión nueva para mí; y examiné la

estructura con gran curiosidad. Al encontrar la puerta abierta, entré. Un anciano estaba sentado dentro, cerca de un fuego, sobre el cual preparaba su desayuno. Se volvió al oír un ruido; y, al verme, gritó con fuerza y, saliendo de la cabaña, corrió a través de los campos con una velocidad de la que su debilitada forma apenas parecía capaz.

«Su aspecto, distinto a cualquier otro que hubiera visto antes, y su huida, me sorprendieron un tanto. Pero quedé encantado con el aspecto de la cabaña: allí la nieve y la lluvia no podían penetrar; el suelo estaba seco; y me pareció un refugio tan exquisito y tan divino como el Pandemonio les pareció a los demonios del infierno tras sus sufrimientos en el lago de fuego. Devoré con avidez los restos del desayuno del pastor, que consistía en pan, queso, leche y vino; este último, sin embargo, no me gustó. Luego, vencido por el cansancio, me recosté entre un poco de paja y me dormí.

«Desperté al mediodía y, atraído por el calor del sol, que brillaba con fuerza sobre la tierra blanca, decidí reanudar mi viaje. Guardando los restos del desayuno del campesino en una cartera que encontré, caminé por los campos durante varias horas, hasta que al atardecer llegué a una aldea. ¡Qué maravilla me pareció! Las chozas, las casitas más pulcras y las casas señoriales cautivaron mi admiración por turnos. Las verduras de los huertos, la leche y el queso que vi colocados en las ventanas de algunas casas, me abrieron el apetito. Entré en una de las mejores; pero apenas había puesto un pie dentro de

la puerta, cuando los niños gritaron y una de las mujeres se desmayó.

«Todo el pueblo se alborotó; algunos huyeron, otros me atacaron, hasta que, gravemente lastimado por las piedras y otros proyectiles, escapé al campo abierto y, temeroso, me refugié en una choza baja, completamente desnuda, que tenía un aspecto miserable comparada con los palacios que había visto en el pueblo. Esta choza, sin embargo, estaba junto a una cabaña de aspecto limpio y agradable; pero, después de mi reciente y costosa experiencia, no me atreví a entrar. Mi refugio era de madera, pero tan bajo que apenas podía sentarme erguido. No había madera sobre la tierra, que formaba el suelo, pero estaba seca; y, aunque el viento entraba por innumerables rendijas, me pareció un agradable refugio de la nieve y la lluvia.

«Aquí me retiré y me tumbé, feliz de haber encontrado un refugio, por miserable que fuera, de la inclemencia del tiempo y, más aún, de la barbarie del hombre.

«En cuanto amaneció, salí sigilosamente de mi caseta para observar la cabaña contigua y ver si podía quedarme en la vivienda que había encontrado. Estaba situada detrás de la cabaña y rodeada por los lados expuestos por una pocilga y un estanque de agua clara. Una parte estaba abierta, y por ahí había entrado; pero ahora cubrí con piedras y leña toda grieta por la que pudiera ser visto, de tal manera que pudiera moverlas de vez en cuando para

salir: toda la luz que tenía entraba por la pocilga, y eso me bastaba.

«Tras haber acondicionado mi refugio y cubierto el suelo con paja limpia, me retiré; pues divisé a lo lejos la figura de un hombre y recordaba demasiado bien lo que me habían hecho la noche anterior como para confiarme a su poder. Previamente, sin embargo, me había provisto de alimento para la jornada: una hogaza de pan rústico, que había robado, y una taza con la que podía beber, con más comodidad que con la mano, del agua pura que fluía junto a mi escondite. El suelo estaba ligeramente elevado, de modo que se mantenía completamente seco, y gracias a su proximidad a la chimenea de la cabaña, era bastante cálido.

«Así provisto, decidí residir en esta choza hasta que algo sucediera que pudiera alterar mi decisión. Era, en verdad, un paraíso comparado con el bosque desapacible, mi antigua morada, con las ramas que goteaban por la lluvia y con la tierra húmeda. Desayuné con placer y estaba a punto de quitar una tabla para conseguir un poco de agua, cuando oí un paso y, mirando por una pequeña rendija, vi a una joven criatura con un balde en la cabeza que pasaba frente a mi choza.

«La muchacha era joven y de aspecto amable, a diferencia de lo que he visto después en los campesinos y sirvientes de las granjas. Sin embargo, vestía con sencillez: una tosca enagua azul y una chaqueta de lino eran sus únicas prendas; su rubio cabello es-

taba trenzado, pero sin adornos; parecía tranquila, pero triste. La perdí de vista; y al cabo de un cuarto de hora regresó, cargando el balde, que ya estaba medio lleno de leche.

«Mientras caminaba, aparentemente incómoda por la carga, se encontró con un joven cuyo rostro reflejaba una profunda tristeza. Tras emitir unos sonidos con aire melancólico, le quitó el balde de la cabeza y lo llevó él mismo a la cabaña. Ella lo siguió y desaparecieron. Al poco rato volví a ver al joven, con algunas herramientas en la mano, cruzando el campo detrás de la cabaña; y la muchacha también estaba ocupada, a veces en la casa y a veces en el patio.

«Al examinar mi vivienda, descubrí que una de las ventanas de la cabaña había ocupado parte de ella, pero los cristales estaban tapiados con madera. En uno de ellos había una rendija pequeña y casi imperceptible, por la que apenas se podía ver. A través de esta grieta, se divisaba una pequeña habitación, encalada y limpia, pero muy vacía de muebles.

«En un rincón, cerca de una pequeña chimenea, estaba sentado un anciano, con la cabeza apoyada en las manos, con gesto abatido. La joven estaba ocupada ordenando la cabaña; pero al rato sacó algo de un cajón, con lo que ocupó sus manos, y se sentó junto al anciano, quien, tomando un instrumento, comenzó a tocar y a producir sonidos más dulces que el canto del zorzal o del ruiseñor.

«Fue una visión encantadora, incluso para mí, ¡pobre infeliz!, que jamás había contemplado nada

hermoso. El cabello plateado y el rostro bondadoso del anciano campesino me inspiraron reverencia; mientras que los modales gentiles de la muchacha cautivaron mi amor.

«Él tocó una dulce y melancólica melodía, que, según vi, hizo brotar lágrimas de los ojos de su amable compañera, a lo que el anciano no prestó atención hasta que ella sollozó audiblemente; entonces él pronunció unas palabras, y la bella criatura, dejando lo que hacía, se arrodilló a sus pies. El hombre la levantó y sonrió con tal bondad y afecto que sentí sensaciones de una naturaleza peculiar y abrumadora: eran una mezcla de dolor y placer, como nunca antes había experimentado, ni por hambre ni por frío, ni por calor ni por comida; y me aparté de la ventana, incapaz de soportar tales emociones.

«Poco después, el joven regresó cargando sobre sus hombros un fardo de leña. La muchacha lo recibió en la puerta, lo ayudó a descargarla y, llevando algo de leña a la cabaña, la puso sobre el fuego. Luego, ella y el joven se apartaron a un rincón de la cabaña, y él le mostró una hogaza grande y un trozo de queso. Ella pareció complacida y fue al jardín a buscar raíces y plantas, que puso en agua y luego sobre el fuego. Después, continuó con su labor, mientras que el joven salió al jardín y se dedicó a cavar y arrancar raíces. Tras haber estado ocupado así durante aproximadamente una hora, la joven se reunió con él y entraron juntos en la cabaña.

«El viejo, entretanto, había permanecido pensativo; pero, al ver a sus compañeros, adoptó un sem-

blante más alegre y se sentaron a comer. La comida se terminó rápidamente. La joven se ocupó de nuevo en arreglar la cabaña; el anciano caminó frente a ella bajo el sol durante unos minutos, apoyado en el brazo del joven.

«Nada podía superar en belleza el contraste entre estas dos magníficas criaturas. Uno era anciano, con canas y un rostro radiante de benevolencia y amor; el joven era delgado y grácil en su figura, y sus rasgos estaban moldeados con la más fina simetría; sin embargo, sus ojos y su actitud expresaban una gran tristeza y abatimiento. El viejo regresó a la cabaña; y el joven, con herramientas distintas a las que había usado por la mañana, se encaminó hacia el campo.

«La noche cayó rápidamente; pero, para mi gran asombro, descubrí que los aldeanos tenían un método para prolongar la luz, mediante el uso de velas, y me alegró comprobar que la puesta de sol no ponía fin al placer que sentía al observar a mis vecinos. Por la noche, la joven y su acompañante se dedicaron a diversas ocupaciones que no comprendí; y el anciano volvió a tomar el instrumento que producía los sonidos divinos que me habían encantado por la mañana. Tan pronto como terminó, el joven comenzó, no a tocar, sino a emitir sonidos monótonos, que no se parecían ni a la armonía del instrumento del anciano ni al canto de los pájaros; después supe que leía en voz alta, pero en aquel entonces no sabía nada de la ciencia de las palabras ni de las letras.

«La familia, tras haber estado así ocupada durante un breve lapso, apagó las luces y se retiró, según supuse, a descansar.»

Capítulo IV

—ME RECOSTÉ sobre mi paja, pero no pude dormir. Pensé en los sucesos del día. Lo que más me impresionó fueron las amables costumbres de esta gente; y deseé unirme a ellos, pero no me atreví. Recordaba demasiado bien el trato que había sufrido la noche anterior a manos de los bárbaros aldeanos, y decidí que, cualquiera que fuera el curso de acción que considerara correcto seguir en adelante, por el momento permanecería tranquilamente en mi choza, observando e intentando descubrir los motivos que influían en sus acciones.

«Los campesinos se levantaron a la mañana siguiente antes del amanecer. La joven arregló la cabaña y preparó la comida; y el joven partió después de la primera comida.

«Este día siguió la misma rutina que el anterior. El joven trabajaba constantemente al aire libre, y la joven cumplía diversas tareas dentro. El anciano, de quien pronto me di cuenta que era ciego, ocupaba

sus horas libres en su instrumento o en la contemplación. Nada podía superar el amor y el respeto que los jóvenes campesinos demostraban hacia su venerable compañero. Le prodigaban con gentileza cada pequeño gesto de afecto y deber; y él los recompensaba con sus sonrisas bondadosas.

«No eran del todo felices. El joven y su compañera a menudo se apartaban y parecían llorar. No veía motivo alguno para su tristeza; pero me afectaba profundamente. Si criaturas tan hermosas eran desdichadas, no me extrañaba tanto que yo, un ser imperfecto y solitario, también sufriera. ¿Por qué, sin embargo, eran infelices estos seres tan nobles? Poseían una casa encantadora (pues así la veía yo) y todo tipo de lujos; tenían fuego para calentarse cuando hacía frío y manjares deliciosos cuando tenían hambre; vestían ropas excelentes; y, además, disfrutaban de la compañía mutua y de la conversación, intercambiando cada día miradas de afecto y bondad. ¿Qué implicaban sus lágrimas? ¿Expresaban realmente dolor? Al principio fui incapaz de resolver estas preguntas; pero la atención constante y el tiempo me explicaron muchos aspectos que al principio me resultaban enigmáticos.

«Pasó un tiempo considerable antes de que descubriera una de las causas de la desdicha de esta amable familia: su mal era la pobreza, y lo padecían de forma muy angustiosa. Su alimentación consistía exclusivamente en las verduras de su huerto y la leche de una vaca, que daba muy poco durante el invierno, cuando sus dueños apenas podían conseguir

alimento para mantenerla. Creo que a menudo sufrían las angustias del hambre de forma muy dolorosa, especialmente los dos más jóvenes; pues varias veces pusieron comida delante del anciano, sin reservarse nada para ellos.

«Este gesto de bondad me conmovió profundamente. Solía robar, por la noche, una parte de sus provisiones para mi propio consumo; pero al descubrir que al hacerlo afligía a los campesinos, me abstuve y me conformé con bayas, nueces y raíces que recogí en un bosque cercano.

«Encontré también otro medio para ayudarlos en sus labores. Descubrí que el joven pasaba gran parte del día recogiendo leña para el fuego familiar; y entonces, por la noche, a menudo tomaba sus herramientas, cuyo uso descubrí rápidamente, y llevaba a la casa leña suficiente para varios días.

«Recuerdo que la primera vez que hice esto, la joven, al abrir la puerta por la mañana, se quedó muy sorprendida al ver una gran pila de leña afuera. Pronunció algunas palabras en voz alta, y el joven se unió a ella, quien también expresó su sorpresa. Observé con agrado que no fue al bosque ese día, sino que lo dedicó a reparar la cabaña y cultivar el jardín.

«Poco a poco, hice un descubrimiento aún más trascendental. Descubrí que estas personas poseían un método para comunicarse sus experiencias y sentimientos mediante sonidos articulados. Percibí que las palabras que pronunciaban a veces producían

placer o dolor, sonrisas o tristeza, en las mentes y rostros de quienes las escuchaban. Esta era, sin duda, una ciencia divina, y deseaba ardientemente familiarizarme con ella. Pero me frustraba cada vez que intentaba hacerlo.

«Su pronunciación era rápida; y como las palabras que pronunciaban no parecían tener ninguna conexión con objetos visibles, no podía descubrir pista alguna que me permitiera desentrañar el misterio de su referencia. Sin embargo, con gran dedicación, y tras haber permanecido durante varios ciclos lunares en mi choza, descubrí los nombres que se daban a algunos de los objetos de conversación más familiares: aprendí y apliqué las palabras *fuego*, *leche*, *pan* y *leña*. También aprendí los nombres de los propios campesinos. El joven y su compañera tenían varios nombres, pero el anciano solo tenía uno: *padre*. La niña se llamaba *hermana* o *Agatha*; y el joven *Félix*, *hermano* o *hijo*. No puedo describir el deleite que sentí al aprender las ideas correspondientes a cada uno de estos sonidos y poder pronunciarlos. Distinguí otras palabras, pero aún no las entendía ni las aplicaba, como *bueno*, *querido*, *infeliz*.

«Pasé el invierno así. La amabilidad y la belleza de los campesinos me los hicieron muy queridos: cuando estaban tristes, me sentía deprimido; cuando se alegraban, me solidarizaba con sus alegrías. Vi a pocos seres humanos junto a ellos; y si alguien entraba en la cabaña, sus modales ásperos y su andar rudo solo realzaban para mí los logros superio-

res de mis amigos. El anciano, según pude percibir, a menudo se esforzaba por animar a sus hijos, como a veces los llamaba, a superar su melancolía. Hablaba con un acento alegre, con una expresión de bondad que me causaba placer incluso a mí.

«Agatha escuchaba con respeto; a veces se le llenaban los ojos de lágrimas, que intentaba enjugar sin que nadie se diera cuenta; pero, por lo general, noté que su semblante y su tono eran más alegres después de haber escuchado las exhortaciones de su padre. No era así con Félix. Siempre era el más triste del grupo; e incluso para mis sentidos inexpertos, parecía haber sufrido más que sus amigos. Pero si su semblante era más triste, su voz era más alegre que la de su hermana, especialmente cuando se dirigía al anciano.

«Podría mencionar innumerables ejemplos que, aunque leves, marcaban el carácter de estos amables campesinos. En medio de la pobreza y la necesidad, Félix le llevó con alegría a su hermana la primera florecilla blanca que asomó sobre la tierra nevada. Temprano por la mañana, antes de que ella se levantara, él quitaba la nieve que obstruía su camino a la lechería, sacaba agua del pozo y traía la leña del cobertizo, donde, para su perpetuo asombro, encontraba su provisión siempre repuesta por una mano invisible.

«Durante el día, creo, trabajaba a veces para un granjero vecino, porque a menudo salía y no regresaba hasta la cena, pero no traía leña. Otras veces

trabajaba en el jardín; pero, como había poco que hacer en la época de heladas, les leía al anciano y a Agatha.

«Esta lectura me había desconcertado enormemente al principio; pero, poco a poco, descubrí que emitía muchos de los mismos sonidos al leer que al hablar. Supuse, por lo tanto, que encontraba en el papel signos de habla que entendía, y anhelaba ardientemente comprenderlos también; pero ¿cómo era posible, si ni siquiera entendía los sonidos que representaban? Sin embargo, mejoré notablemente en esta ciencia, pero no lo suficiente como para mantener cualquier tipo de conversación, aunque me dediqué por completo a ello pues comprendí fácilmente que, aunque ansiaba descubrirme a los campesinos, no debía intentarlo hasta dominar su idioma; conocimiento que podría permitirles pasar por alto la deformidad de mi figura; porque también me había familiarizado con el contraste que constantemente se presentaba a mis ojos.

«Había llegado a admirar las formas perfectas de mis aldeanos: su gracia, belleza y la delicadeza de sus rostros; pero ¡cuánto me aterró al verme en un estanque transparente! Al principio retrocedí, incapaz de creer que era yo quien se reflejaba en el espejo; y cuando me convencí plenamente de que en realidad era el monstruo que soy, me invadió una amarga sensación de desaliento y mortificación. ¡Ay! Aún no conocía del todo los efectos fatales de esta desgraciada deformidad.

«A medida que el sol se hacía más cálido y la luz del día se alargaba, la nieve desapareció y contemplé los árboles desnudos y la tierra negra. Desde entonces, Félix estuvo más ocupado; y los conmovedores indicios de una hambruna inminente desaparecieron. Su comida, como descubrí después, era tosca, pero sana; y se la procuraban en abundancia. Nuevas clases de plantas brotaron en el jardín, que cultivaron; y estas señales reconfortantes aumentaban cada día a medida que avanzaba la estación.

«El anciano, apoyado en su hijo, caminaba todos los días al mediodía, cuando no llovía, como descubrí que se llamaba cuando el cielo derramaba sus aguas. Esto ocurría con frecuencia; pero un fuerte viento secaba rápidamente la tierra, y la estación se volvía mucho más agradable de lo que había sido.

«Mi estilo de vida en mi choza era uniforme. Por la mañana, observaba los movimientos de los campesinos; y cuando se dispersaban en diversas ocupaciones, dormía; el resto del día lo pasaba observando a mis amigos. Cuando se retiraban a descansar, si había luna o la noche estaba estrellada, iba al bosque y recogía mi propia comida y leña para la cabaña. Al regresar, cuantas veces era necesario, limpiaba la nieve de su camino y realizaba las tareas que había visto hacer a Félix. Después descubrí que estas labores, realizadas por una mano invisible, los asombraban enormemente; y una o dos veces los oí, en estas ocasiones, pronunciar las palabras *buen espíritu*, *maravilloso*; pero entonces no entendía el significado de estos términos.

«Mis pensamientos se volvieron más inquietos y anhelaba descubrir los motivos y sentimientos de estas encantadoras criaturas; sentía curiosidad por saber por qué Félix parecía tan desdichado y Agatha tan triste. Pensé (¡insensato!) que podría estar en mi poder devolver la felicidad a estas personas que la merecían. Cuando dormía o estaba ausente, las figuras del venerable padre ciego, la gentil Agatha y el excelente Félix revoloteaban ante mí. Los consideraba seres superiores, que serían los árbitros de mi futuro destino. Imaginé de mil modos cómo me presentaría ante ellos y cómo me recibirían. Presumí que se mostrarían disgustados, hasta que, con mi gentil comportamiento y mis palabras conciliadoras, me ganaría primero su favor y después su amor.

«Estos pensamientos me llenaron de júbilo y me impulsaron a dedicarme con renovado ardor a adquirir el arte del lenguaje. Mis órganos eran ciertamente ásperos, pero flexibles; y aunque mi voz era muy distinta a la suave música de sus tonos, pronunciaba las palabras que entendía con tolerable facilidad. Era como el asno y el perrito faldero; sin embargo, sin duda el manso asno, cuyas intenciones eran cariñosas, aunque sus modales rudos, merecía un trato mejor que golpes y execración.

«Las agradables lluvias y el calor placentero de la primavera alteraron enormemente el aspecto de la tierra. Los hombres, que antes de este cambio parecían haber estado escondidos en cuevas, se dispersaban para dedicarse a diversas artes de cultivo. Los pájaros cantaban con notas más alegres y las

hojas comenzaron a brotar en los árboles. ¡Feliz, feliz tierra! Morada adecuada para los dioses, que, tan poco tiempo antes, era desolada, húmeda e insalubre. Mi ánimo se elevó con el aspecto encantador de la naturaleza; el pasado se borró de mi memoria, el presente se mostraba tranquilo y el futuro se iluminaba con brillantes rayos de esperanza y anticipaciones de alegría.»

Capítulo V

—QUIERO adelantarme ahora a la parte más conmovedora de mi historia. Relataré sucesos que me impresionaron con sentimientos que, a partir de lo que era, me han convertido en lo que soy.

«La primavera avanzó rápidamente; el clima se volvió agradable y el cielo se despejó. Me sorprendió que lo que antes era desierto y sombrío se iluminaba ahora con las flores y el verdor más hermosos. Mis sentidos se sintieron gratificados y refrescados por el deleite de mil aromas y la belleza de mil escenas.

«Fue uno de estos días, cuando mis vecinos descansaban periódicamente del trabajo —el anciano tocaba la guitarra y los muchachos lo escuchaban—, observé que el rostro de Félix era de una melancolía indescriptible: suspiraba con frecuencia; y en una ocasión su padre hizo una pausa en su música, y supuse por su actitud que le preguntó a su hijo por la causa de esa tristeza. Félix respondió con un tono

alegre, y el anciano se disponía a reanudar su música cuando alguien llamó a la puerta.

«Era una dama a caballo, acompañada por un campesino como guía. Vestía un traje oscuro y estaba cubierta con un grueso velo negro. Agatha hizo una pregunta, a la que la desconocida sólo respondió pronunciando, con dulce acento, el nombre de Félix. Su voz era musical, pero distinta a la de mis amigos. Al oír esta palabra, Félix se acercó apresuradamente a la dama; quien, al verlo, se levantó el velo, y pude ver un rostro de belleza y expresión angelicales. Su cabello, de un brillante negro azabache, estaba curiosamente trenzado; sus ojos eran oscuros, pero dulces, y también animados; sus rasgos, de proporciones regulares, y su tez, maravillosamente blanca, teñida cada mejilla de un rosa encantador.

«Félix pareció embelesado de alegría al verla; todo rastro de tristeza se desvaneció de su rostro, expresando al instante una alegría extática de la que me costaba creer que fuera capaz; sus ojos brillaron al tiempo que sus mejillas se sonrojaban de placer; y en ese momento lo pensé tan hermoso como la desconocida. Ella parecía afectada por sentimientos contradictorios; secándose algunas lágrimas de sus hermosos ojos, le tendió la mano a Félix, quien la besó con entusiasmo y la llamó, según pude entender, su *dulce árabe*. Ella no pareció entenderlo, pero sonrió. Él la ayudó a desmontar y, despidiendo a su guía, la condujo a la cabaña. Tuvieron una breve conversación con su padre; y la joven desconocida se

arrodilló a los pies del anciano y le habría besado la mano, pero él la irguió y la abrazó con cariño.

«Pronto me di cuenta de que, aunque la desconocida emitía sonidos articulados y parecía tener un idioma propio, ni los campesinos la entendían ni ella misma los entendía a ellos. Hicieron muchos gestos que no comprendí; pero vi que su presencia infundía alegría en la cabaña, disipando su tristeza como el sol disipa la niebla matutina. Félix parecía particularmente feliz y acogía a su árabe con sonrisas de alegría. Agatha, la siempre amable Agatha, besó las manos de la encantadora desconocida y, señalando a su hermano, hizo gestos que me parecieron indicar que había estado triste hasta su llegada.

«Pasaron así algunas horas, mientras sus rostros expresaban una alegría cuya causa no comprendía. De repente, por la frecuente reaparición de un sonido que la desconocida repetía con ellos, descubrí que ella intentaba aprender su idioma; y al instante se me ocurrió la idea de que debía aprovechar esas mismas instrucciones para el mismo fin. La desconocida aprendió unas veinte palabras en la primera lección; la mayoría eran las que yo ya entendía, pero las demás me resultaron útiles.

«Al caer la noche, Agatha y la árabe se retiraron temprano. Al separarse, Félix besó la mano de la desconocida y le dijo: “Buenas noches, dulce Safie”. Permaneció despierto un buen rato, conversando con su padre; y, por la frecuente repetición de su nombre, supuse que su encantadora invitada era el

tema de conversación. Deseaba ardientemente comprenderlos y me esforcé al máximo para lograrlo, pero me resultó completamente imposible.

«A la mañana siguiente, Félix salió a trabajar; y, una vez terminadas las ocupaciones habituales de Agatha, la árabe se sentó a los pies del anciano y, tomando su guitarra, tocó unas melodías tan cautivadoramente hermosas que al instante me arrancaron lágrimas de tristeza y deleite. Cantó, y su voz fluía con una rica cadencia, que se intensificaba o se desvanecía, como un ruiseñor del bosque.

«Cuando terminó, le dio la guitarra a Agatha, quien al principio la rechazó. Tocó una melodía sencilla, y su voz la acompañó con dulces acentos, pero distintos del maravilloso tono de la desconocida. El anciano pareció extasiado y pronunció unas palabras que Agatha intentó explicarle a Safie, y con las que pareció querer expresar que ella le proporcionaba el mayor deleite con su música.

«Los días transcurrían tan apaciblemente como antes, con la única diferencia de que la alegría había sustituido a la tristeza en los rostros de mis amigos. Safie siempre estaba alegre y feliz; ella y yo mejoramos rápidamente en el lenguaje, de modo que en dos meses comencé a comprender la mayoría de las palabras pronunciadas por mis protectores.

«Mientras tanto, el suelo negro también se cubría de hierba, y las verdes orillas se entremezclaban con innumerables flores, dulces al olfato y a la vista, estrellas de pálido resplandor entre los bos-

ques iluminados por la luna; el sol se volvía más cálido, las noches claras y templadas; y mis paseos nocturnos eran un placer extremo para mí, aunque se acortaban considerablemente por la demorada puesta del sol y su temprana salida; nunca me aventuraba a salir durante el día, por temor de recibir el mismo trato que había sufrido anteriormente en el primer pueblo al que entré.

«Pasaba mis días en la mayor atención, para dominar el idioma con mayor rapidez; y puedo jactarme de haber progresado más rápidamente que la árabe, que entendía muy poco y hablaba con un acento entrecortado, mientras que yo comprendía y podía imitar casi todo lo que se decía.

«Al tiempo que mejoraba mi oratoria, también aprendí la ciencia de las letras, tal como se la enseñaba a la extranjera; y esto abrió ante mí un amplio campo de asombro y deleite.

«El libro con el que Félix instruyó a Safie fue *Imperios en ruinas*, de Volney. No habría comprendido el propósito de este libro si Félix, al leerlo, no hubiera dado explicaciones minuciosas. Había elegido esta obra, dijo, porque su estilo declamatorio imitaba al de los autores orientales.

«Gracias a esta obra obtuve un conocimiento general de la historia y una visión de los diversos imperios que existen actualmente en el mundo; me dio una idea de las costumbres, los gobiernos y las religiones de las diferentes naciones de la tierra. Oí hablar de los perezosos asiáticos; del estupendo genio y

la actividad mental de los griegos; de las guerras y la maravillosa virtud de los primeros romanos; de su posterior degeneración; de la decadencia de ese poderoso imperio; de la caballería, el cristianismo y los reyes. Oí hablar del descubrimiento del hemisferio americano y lloré con Safie por el desventurado destino de sus habitantes originales.

«Estas maravillosas narraciones me inspiraron sentimientos extraños. ¿Era el hombre, en verdad, tan poderoso, tan virtuoso y magnífico, y a la vez tan cruel y vil? A veces parecía un mero vástago del principio maligno, y en otras, todo lo que se puede concebir como noble y divino. Ser un hombre grande y virtuoso parecía el mayor honor que puede recaer en un ser sensible; ser bajo y cruel, como efectivamente han sido muchos, parecía la más baja degradación, una condición más abyecta que la del topo ciego o la del gusano inofensivo.

«Durante mucho tiempo no pude concebir cómo un hombre podía decidir el asesinato de su prójimo, ni siquiera por qué existían leyes y gobiernos; pero cuando escuchaba detalles de vicios y derramamiento de sangre, cesaba mi asombro y me alejaba con disgusto y repugnancia.

«Cada conversación de los campesinos me descubría nuevas maravillas. Al escuchar las enseñanzas que Félix le impartía a la árabe, me expliqué el extraño sistema de la sociedad humana. Oí hablar de la división de la propiedad, de la inmensa riqueza y la pobreza miserable; del rango, la ascendencia y la nobleza.

«Sus palabras me indujeron a volver la atención hacia mí mismo. Aprendí que los bienes más estimados por sus semejantes eran una ascendencia noble e inmaculada, unida a la riqueza. Un hombre podía ser respetado con sólo poseer uno de ellos; pero sin ninguno era considerado, salvo en casos muy raros, un vagabundo y un esclavo, condenado a malgastar sus capacidades en beneficio de unos pocos elegidos.

«¿Y qué era yo? Desconocía por completo mi creación y mi creador; pero sabía que no poseía dinero, ni amigos, ni ningún tipo de propiedad. Además, estaba dotado de una figura espantosamente deformada y repugnante; ni siquiera era de la misma naturaleza que el hombre. Era más ágil que ellos y podía subsistir con una dieta más tosca; soportaba el calor y el frío extremos con menos daño para mi cuerpo; mi estatura superaba con creces la de ellos. Cuando miré a mi alrededor, no vi ni oí hablar de nadie como yo. ¿Era yo entonces un monstruo, una mancha en la tierra, de la que todos los hombres huyen y a quien todos repudian?

«No puedo describirles la agonía que estas reflexiones me infligieron; intenté disiparlas, pero el conocimiento no hizo más que aumentar mi tristeza. ¡Oh, si hubiera permanecido para siempre en mi bosque original, sin conocer ni sentir más allá de las sensaciones del hambre, la sed y el calor!

«¡Qué extraña es la naturaleza del conocimiento! Se aferra a la mente, una vez que se ha apoderado de ella, como un liquen en la roca. A veces deseaba

desprenderme de todo pensamiento y sentimiento; pero aprendí que sólo había un medio para superar la sensación de dolor, y ése era la muerte, un estado que temía pero que no comprendía.

«Admiraba la virtud y los buenos sentimientos, y apreciaba los modales gentiles y las cualidades amables de mis campesinos; pero me veía privado de la interacción con ellos, excepto por medios que obtenía a escondidas, cuando era invisible y desconocido, y que más bien aumentaban, en lugar de satisfacer, mi deseo de convertirme en uno más entre mis semejantes. Las dulces palabras de Agatha y las animadas sonrisas de la encantadora árabe no eran para mí. Las suaves exhortaciones del anciano y la animada conversación de querido Félix no eran para mí. ¡Miserable, infeliz desgraciado!

«Otras lecciones quedaron grabadas en mí aún más profundamente. Escuché sobre la diferencia de sexos; sobre el nacimiento y el crecimiento de los niños; cómo el padre se deleitaba con las sonrisas del bebé y las animadas salidas del hijo mayor; cómo toda la vida y los cuidados de la madre se concentraban en su preciosa responsabilidad; cómo la mente de la juventud se expandía y adquiría conocimiento; sobre el hermano, la hermana y todas las diversas relaciones que unen a un ser humano con otro mediante vínculos mutuos.

«Pero ¿dónde estaban mis amigos y parientes? Ningún padre había velado por mi infancia, ninguna madre me había bendecido con sonrisas y caricias; o

si lo habían hecho, toda mi vida pasada era ahora una borron, un vacío ciego en el que no distinguía nada. Desde mis primeros recuerdos, había sido siempre el mismo en altura y proporción. Nunca había visto a un ser que se me pareciera, ni que pretendiera tener alguna relación conmigo. ¿Qué era yo? La pregunta volvía a surgir, para ser respondida solo con gemidos.

«Pronto explicaré a qué apuntaban estos sentimientos; pero permítanme ahora volver a los campesinos, cuya historia despertó en mí sentimientos muy diversos de indignación, deleite y asombro, pero todos conducentes a un amor y una reverencia adicionales hacia mis protectores (pues así me gustaba llamarlos, en un inocente y casi doloroso engaño).»

Capítulo VI

—PASÓ ALGÚN tiempo antes de que conociera la historia de mis amigos. Fue una historia que no podía dejar de grabarse profundamente en mi mente, al revelar una serie de circunstancias, cada una interesante y maravillosa para alguien tan inexperto como yo.

«El nombre del anciano era De Lacey. Descendía de una buena familia de Francia, donde había vivido muchos años en la opulencia, respetado por sus superiores y querido por sus iguales. Su hijo fue educado para servir a su país; y Agatha trataba con damas de la más alta distinción. Hasta meses antes de mi llegada, vivían en una ciudad grande y lujosa, llamada París, rodeados de amigos y disfrutando de todos los placeres que la virtud, el refinamiento intelectual o el buen gusto, acompañados de una fortuna moderada, podían proporcionar.

«El padre de Safie había sido la causa de su ruina. Era un comerciante turco que había residido en París desde hacía muchos años, cuando, por alguna

razón que desconozco, se volvió odioso para el gobierno. Fue apresado y encarcelado el mismo día que Safie llegó de Constantinopla para reunirse con él. Fue juzgado y condenado a muerte. La injusticia de su sentencia fue flagrante: todo París se indignó, y se consideró que su religión y su riqueza, más que el delito que se le imputaba, habían sido la causa de su condena.

«Félix había estado presente en el juicio; su horror e indignación fueron incontrolables al escuchar la decisión del tribunal. En ese momento, hizo el voto solemne de liberarlo y luego buscó los medios. Tras muchos intentos infructuosos de entrar en la prisión, encontró en una parte desprotegida del edificio una ventana con una fuerte reja destinada a iluminar la mazmorra del desafortunado mahometano que, cargado de cadenas, esperaba desesperado la ejecución de la bárbara sentencia.

«Félix acudió al lugar por la noche y le comunicó al prisionero sus intenciones. El turco, asombrado y encantado, intentó avivar el celo de su libertador con promesas de recompensa y riqueza. Félix rechazó sus ofertas con desprecio; sin embargo, cuando vio a la encantadora Safie, a quien se le había permitido visitar a su padre y quien, con sus gestos, expresó su viva gratitud, el joven no pudo evitar reconocer para sí que el cautivo poseía un tesoro que recompensaría plenamente su afán y su riesgo.

«El turco percibió rápidamente la impresión que su hija había causado en el corazón de Félix y se es-

forzó por asegurarse más plenamente su interés prometiéndole su mano en matrimonio tan pronto como fuera trasladado a un lugar seguro. Félix era demasiado delicado para aceptar esta oferta; sin embargo, esperaba con ansias la probabilidad de ese acontecimiento como la consumación de su felicidad.

«Durante los días siguientes, mientras avanzaban los preparativos para la huida del comerciante, el entusiasmo de Félix se avivó con varias cartas que recibió de esta encantadora muchacha, quien encontró la manera de expresar sus pensamientos en el idioma de su amante con la ayuda de un anciano sirviente de su padre, que entendía francés. Le agradeció con el mayor fervor sus servicios a su padre; y al mismo tiempo deploró con delicadeza su propia suerte.

«Tengo copias de estas cartas; pues durante mi estancia en la choza, encontré la manera de conseguir los instrumentos de escritura; y las cartas a menudo estaban en manos de Félix o de Agatha. Antes de partir, te las entregaré; probarán la veracidad de mi relato; pero por ahora, como el sol ya se ha puesto, sólo tendré tiempo de repetirte lo esencial.

«Safie relató que su madre era una árabe cristiana, capturada y esclavizada por los turcos; recomendada por su belleza, se ganó el corazón del padre de Safie, quien se casó con ella. La joven habló con gran entusiasmo de su madre, quien, nacida en libertad, rechazó la esclavitud a la que ahora estaba reducida. Instruyó a su hija en los principios de su

religión y le enseñó a aspirar a mayores facultades intelectuales y a una independencia de espíritu prohibidas para las seguidoras de Mahoma.

«Esta dama murió; pero sus lecciones quedaron grabadas indeleblemente en la mente de Safie, quien se sentía asqueada ante la perspectiva de regresar de nuevo a Asia y de estar encerrada entre los muros de un harén, donde solo se le permitía ocuparse de diversiones pueriles, poco acordes con el temperamento de su alma, ahora acostumbrada a las grandes ideas y a un noble afán por la virtud. La perspectiva de casarse con un cristiano y permanecer en un país donde a las mujeres se les permitiera ocupar un rango en la sociedad le parecía fascinante.

«El día de la ejecución del turco estaba fijado; pero la noche anterior había escapado de su prisión y antes del amanecer se encontraba a muchas leguas de París. Félix había conseguido pasaportes a nombre de su padre, su hermana y el suyo propio. Previamente le había comunicado su plan al primero, quien colaboró en el engaño abandonando su casa, con el pretexto de un viaje, y ocultándose con su hija en un lugar recóndito de París.

«Félix condujo a los fugitivos a través de Francia hasta Lyon, y a través del Monte Cenis hasta Livorno, donde el comerciante había decidido esperar una oportunidad favorable para adentrarse en alguna parte de los dominios turcos.

«Safie decidió permanecer con su padre hasta el momento de su partida, antes de lo cual el turco re-

novó su promesa de que se uniría a su libertador; y Félix permaneció con ellos a la espera de ese acontecimiento, mientras disfrutaba de la compañía de la árabe, quien le mostró el más sencillo y tierno afecto. Conversaban entre sí mediante un intérprete, aunque a veces se entendían con las miradas; y Safie entonó para él las divinas melodías de su país natal.

«El turco permitió que esta intimidad se desarrollara y alentó las esperanzas de los jóvenes amantes, mientras que en su corazón forjaba planes muy distintos. Detestaba la idea de que su hija se uniera a un cristiano; pero temía el resentimiento de Félix si se mostraba tibio; pues sabía que aún estaba a merced de su libertador, si este decidía traicionarlo al estado italiano que habitaban. Concibió mil planes para poder prolongar el engaño hasta que ya no fuera necesario, y llevarse a su hija consigo en secreto al partir. Esos planes se vieron enormemente facilitados por las noticias que llegaron de París.

«El gobierno de Francia, indignado por la fuga de su víctima, no escatimó esfuerzos para detectar y castigar a su libertador. La conspiración de Félix fue rápidamente descubierta, y De Lacey y Agatha fueron encarcelados. La noticia llegó a Félix y lo despertó de su ensueño placentero. Su padre, ciego y anciano, y su dulce hermana yacían en una mazmorra pestilente, mientras él disfrutaba del aire libre y de la compañía de la mujer a quien amaba. Esta idea lo torturaba. Rápidamente acordó con el Turco que, si este encontraba una oportunidad favorable

para escapar antes de que Félix pudiera regresar a Italia, Safie permanecería internada en un convento de Livorno; y entonces, abandonando a la bella árabe, se apresuró a ir a París y se entregó a la venganza de la ley, con la esperanza de liberar a De Lacey y Agatha con este procedimiento.

«No lo logró. Permanecieron confinados durante cinco meses antes del juicio, cuyo resultado los privó de su fortuna y los condenó a un exilio perpetuo de su país natal.

«Encontraron un asilo miserable en la cabaña de Alemania, donde los encontré. Félix pronto supo que el turco traidor, por quien él y su familia soportaban tan inauditas penurias, al descubrir que su libertador se había visto así reducido a la pobreza y la impotencia, burlando los buenos sentimientos y el honor, había abandonado Italia con su hija, insultando a Félix con una ayuda miserable, a cuenta, según dijo, de algún plan de sostenimiento futuro.

«Tales fueron los acontecimientos que afligieron el corazón de Félix y lo convirtieron, cuando lo vi por primera vez, en el más desdichado de su familia. Podría haber soportado la pobreza, y si esa penuria hubiera sido la recompensa de su virtud, se habría enorgullecido de ella; pero la ingratitud del turco y la pérdida de su amada Safie fueron desgracias más amargas e irreparables. La aparición de la árabe infundió nueva vida en su alma.

«Cuando llegó a Livorno la noticia de que Félix había sido privado de su riqueza y rango, el comer-

ciente ordenó a su hija que no pensara más en su amante, sino que se preparara para regresar con él a su país natal. La generosidad de Safie se sintió ultrajada por esta orden; intentó protestar con su padre, pero este la abandonó enojado, reiterando su tiránico mandato.

«Días después, el turco entró en los aposentos de su hija y le comunicó apresuradamente que tenía motivos para creer que su residencia en Livorno había sido revelada y que iba a ser entregado rápidamente al gobierno francés. Por consiguiente, había alquilado un barco para trasladarse a Constantinopla, ciudad a la que zarparía en pocas horas. Tenía la intención de dejar a su hija al cuidado de un sirviente de confianza, para que se marchara a su antojo con la mayor parte de sus bienes, que aún no habían llegado a Livorno.

«Cuando estuvo sola, Safie concibió el plan de acción que le convendría seguir en esta emergencia. La residencia en Turquía le resultaba aborrecible; su religión y sus sentimientos le eran igualmente adversos. Por unos papeles de su padre, que cayeron en sus manos, se enteró del exilio de su enamorado y supo el nombre del lugar donde residía entonces. Dudó un tiempo, pero finalmente tomó una decisión. Llevándose algunas joyas que le pertenecían y una pequeña suma de dinero, abandonó Italia con una acompañante, natural de Livorno, pero que entendía el idioma turco, y partió hacia Alemania.

«Llegó sana y salva a un pueblo a unas veinte leguas de la cabaña de De Lacey, cuando su acompa-

ñante enfermó gravemente. Safie la cuidó con el más devoto cariño; pero la pobre muchacha murió, y la árabe se quedó sola, sin conocer el idioma del país y completamente ignorante de las costumbres del mundo. Sin embargo, cayó en buenas manos. La italiana había mencionado el nombre del lugar al que se dirigían; y, tras su muerte, la mujer de la casa donde habían vivido se encargó de que Safie llegara sana y salva a la cabaña de su amor.»

Capítulo VII

—TAL ERA la historia de mis queridos campesinos. Me impresionó profundamente. Aprendí, gracias a las perspectivas sobre la vida social que puso en evidencia, a admirar sus virtudes y a desaprobar los vicios de la humanidad.

«Por entonces, todavía pensaba en el crimen como un mal lejano; la benevolencia y la generosidad siempre estaban presentes, incitando en mí el deseo de convertirme en actor en el ajetreado escenario donde tantas cualidades admirables se manifestaban. Pero, al relatar los progresos de mi intelecto, no debo omitir una circunstancia que ocurrió a principios de agosto de ese mismo año.

«Una noche, durante mi visita habitual al bosque vecino, donde recogía mi propia comida y traía leña para mis protectores, encontré en el suelo una maleta de cuero que contenía varias prendas de vestir y algunos libros. Recogí con entusiasmo el premio y

regresé con él a mi choza. Por suerte, los libros estaban escritos en el idioma que había aprendido en la cabaña; se trataba de *El paraíso perdido*, un volumen de las *Vidas* de Plutarco y *Las penas del joven Werther*. La posesión de estos tesoros me produjo un gran deleite; ahora estudiaba y meditaba continuamente sobre estas historias, mientras mis amigos se dedicaban a sus ocupaciones habituales.

«Apenas puedo describirles el efecto de estos libros. Produjeron en mí una infinidad de nuevas imágenes y sentimientos, que a veces me elevaban al éxtasis, pero con mayor frecuencia me hundían en el más profundo abatimiento.

«En *Las penas del joven Werther*, además del interés de su sencilla y conmovedora historia, se sondean tantas opiniones y se arroja tanta luz sobre temas que hasta entonces me habían parecido oscuros, que encontré en él una fuente inagotable de especulación y asombro. Los modales amables y hogareños que describía, combinados con sentimientos elevados, que tenían por objeto algo ajeno a la propia persona, concordaban bien con mi experiencia respecto de mis protectores y con los anhelos que siempre alentaron en mi propio pecho.

«Pero pensaba que el propio Werther era un ser más divino de lo que jamás había visto o imaginado; su carácter no albergaba pretensiones, pero calaba hondo. Las disquisiciones sobre la muerte y el suicidio estaban destinadas a colmarme de asombro. No pretendí llegar al fondo del caso, pero me incliné por

las opiniones del héroe, cuya extinción lloré, sin comprenderla con precisión.

«A medida que leía, sin embargo, me remitía mucho a mis propios sentimientos y condición. Me encontré similar, pero a la vez extrañamente distinto, a los seres sobre los que leía y cuya conversación escuchaba. Simpatizaba con ellos y los comprendía parcialmente, pero mi mente carecía de forma; no dependía de nadie ni me relacionaba con nadie. “El camino de mi partida estaba despejado”; y no había nadie que lamentara mi aniquilación. Mi persona era horrible, y mi estatura gigantesca: ¿qué significaba esto? ¿Quién era yo? ¿Qué era yo? ¿De dónde venía? ¿Cuál era mi destino? Estas preguntas resonaban continuamente, pero no podía resolverlas.

«El volumen de las *Vidas* de Plutarco que poseía contenía las historias de los primeros fundadores de las antiguas repúblicas. Este libro tuvo en mí un efecto muy diferente al de las *Penas de Werther*. Aprendí de la imaginación de Werther el desaliento y la tristeza; pero Plutarco me enseñó pensamientos más altos; me elevó por encima de la miserable esfera de mis propias reflexiones, para admirar y amar a los héroes de épocas pasadas.

«Muchas cosas que leía sobrepasaban mi comprensión y experiencia. Tenía un conocimiento muy confuso acerca de reinos, vastas extensiones de territorio, ríos caudalosos y mares inmensos. Pero desconocía por completo las ciudades y las grandes concentraciones humanas. La cabaña de mis protec-

tores había sido la única escuela en la que había estudiado la naturaleza humana; pero este libro reveló nuevos y más impactantes escenarios de acción.

«Leí sobre hombres involucrados en asuntos públicos que gobernaban o masacraban a su especie. Sentí crecer en mí un gran ardor por la virtud y aborrecimiento por el vicio, según entendía el significado de esos términos, relativos como eran, al aplicarlos únicamente al placer y al dolor. Inducido por estos sentimientos, por supuesto, me vi llevado a admirar a los pacíficos legisladores, Numa, Solón y Licurgo, antes que a Rómulo y Teseo. Las vidas patriarcales de mis protectores hicieron que estas impresiones se arraigaran en mi mente; tal vez, si mi primer contacto con la humanidad hubiera sido a través de un joven soldado, ardiente de gloria y carnicería, me habrían impregnado sensaciones diferentes.

«Pero *El Paraíso perdido* despertó emociones diferentes y mucho más profundas. Lo leí, como había leído los otros volúmenes que habían caído en mis manos, como una historia verdadera. Me conmovió con toda la admiración y el asombro que la imagen de un Dios omnipotente en guerra con sus criaturas era capaz de suscitar. A menudo, al percibir su similitud, relacionaba las diversas situaciones con la mía. Al igual que Adán, fui creado aparentemente sin vínculo alguno con ningún otro ser existente; pero su estado era muy diferente al mío en todos los demás aspectos. Él había salido de las manos de

Dios como una criatura perfecta, feliz y próspera, protegida por el cuidado especial de su Creador; se le permitió conversar con seres de naturaleza superior y adquirir conocimiento de ellos; pero yo era desdichado, indefenso y solo. Muchas veces consideré a Satanás como el símbolo más adecuado de mi condición; pues a menudo, como él, al contemplar la dicha de mis protectores, la amarga bilis de la envidia me invadía.

«Otra circunstancia fortaleció y confirmó estos sentimientos. Poco después de mi llegada a la choza, descubrí unos papeles en el bolsillo del vestido que había tomado de tu laboratorio. Al principio los había descuidado; pero ahora que pude descifrar los caracteres en que estaban escritos, comencé a estudiarlos con diligencia. Era tu diario de los cuatro meses que precedieron a mi creación. Describiste minuciosamente en estos papeles cada paso que diste en el progreso de tu obra; esta historia se mezclaba con relatos de sucesos domésticos.

«Sin duda, recuerdas estos papeles. Aquí están. En ellos se relata todo lo que hace referencia a mi maldito origen; se presenta todo el detalle de esa serie de repugnantes circunstancias que lo produjeron; se da la descripción más minuciosa de mi odiosa y repugnante persona, en un lenguaje que describió tus propios horrores y volvió los míos imborrables. Sentí náuseas al leer. “¡Día odioso en que recibí la vida! —exclamé con agonía—. ¡Maldito creador! ¿Por qué creaste un monstruo tan horrible que in-

cluso tú me rechazaste con asco? Dios, compadecido, creó al hombre hermoso y atractivo, a su imagen; pero mi forma es un repugnante ejemplo de la tuya, más horrible por su misma semejanza. Satanás tenía a sus compañeros, demonios, que lo admiraban y lo animaban; pero yo me encuentro solitario y detestado.”

«Estas eran las reflexiones de mis horas de abatimiento y soledad; pero al contemplar las virtudes de los campesinos, su carácter amable y benévolo, me convencí de que cuando conocieran mi admiración por sus virtudes, se compadecerían de mí y pasarían por alto mi deformidad personal. ¿Podrían rechazar a alguien, por monstruoso que fuera, que solicitara su compasión y amistad?

«Decidí, al menos, no desesperar, sino prepararme por todos los medios para una entrevista con ellos que decidiría mi destino. Pospuse este intento unos meses más; pues la importancia que le atribuía a su éxito me inspiraba el temor al fracaso. Además, descubrí que mi comprensión mejoraba tanto con cada día de experiencia, que no estaba dispuesto a comenzar esta empresa hasta que unos meses más hubieran aumentado mi sabiduría.

«Mientras tanto, se habían producido varios cambios en la cabaña. La presencia de Safie infundía felicidad entre sus habitantes; y también descubrí que reinaba una mayor abundancia. Félix y Agatha pasaban más tiempo divirtiéndose y conversando, y contaban con la ayuda de sirvientes. No pa-

recían ricos, pero estaban contentos y felices; sus sentimientos eran serenos y apacibles, mientras que los míos se volvían cada día más tumultuosos. El mayor conocimiento me revelaba con mayor claridad lo desdichado que era. Abrigaba esperanzas, es cierto; pero se desvanecían al ver mi persona reflejada en el agua o mi sombra a la luz de la luna, en esa frágil imagen o en esa silueta temblorosa.

«Me esforcé por dominar estos temores y fortalecerme para la prueba que había resuelto afrontar en el plazo de pocos meses; y a veces dejaba que mis pensamientos, sin el control de la razón, vagaran por los campos del Paraíso, y me atrevía a imaginar criaturas amables y encantadoras que simpatizaban con mis sentimientos y alegraban mi tristeza; sus rostros angelicales exhalaban sonrisas de consuelo. Pero todo era un sueño: ninguna Eva apaciguó mis penas ni compartió mis pensamientos; estaba solo. Recordé la súplica de Adán a su Creador; pero ¿dónde estaba el mío? Me había abandonado, y, en la amargura de mi corazón, lo maldije.

«Así transcurrió el otoño. Vi, con sorpresa y dolor, cómo las hojas se descomponían y caían, y cómo la naturaleza volvía a asumir el aspecto árido y desolado que tenía cuando contemplé por primera vez los bosques y la hermosa luna. Sin embargo, no presté atención a la desolación del clima; mi constitución me permitía soportar mejor el frío que el calor. Pero mis mayores deleites eran la vista de las flores, los pájaros y toda la alegre vestimenta del ve-

rano; cuando estos me abandonaron, me volví con más atención hacia los campesinos. Su felicidad no disminuía por la ausencia del verano. Se amaban y simpatizaban uno con el otro; y sus alegrías, recíprocamente dependientes, no se veían interrumpidas por las desgracias que ocurrían a su alrededor.

«Cuanto más los veía, mayor era mi deseo de reclamar su protección y bondad; mi corazón anhelaba ser conocido y querido por estas amables criaturas: ver sus dulces miradas dirigidas hacia mí con afecto era el límite máximo de mi ambición. No me atreví a pensar que las apartarían con desdén y horror. Los pobres que se detenían en su puerta nunca eran expulsados. Pedía, es cierto, tesoros mayores que un poco de comida o descanso; reclamaba bondad y compasión; pero no me creía del todo indigno de ellas.

«El invierno avanzaba y las estaciones habían cumplido un ciclo completo desde que desperté a la vida. Mi atención, en ese momento, se centraba exclusivamente en el plan de presentarme en la cabaña de mis protectores. Di vueltas a muchos proyectos; pero el que finalmente decidí fue entrar en la vivienda cuando el anciano ciego estuviera solo. Tuve la suficiente sagacidad para descubrir que la fealdad antinatural de mi persona era el principal objeto de horror para quienes me habían visto antes. Mi voz, aunque áspera, no tenía nada de terrible; pensé, por lo tanto, que si, en ausencia de sus hijos, lograba ganarme la buena voluntad y la mediación del viejo De Lacy, podría, por su intermedio, ser tolerado por mis protectores más jóvenes.

«Un día, cuando el sol brillaba sobre las hojas rojas que cubrían el suelo y transmitía alegría, aunque negaba calidez, Safie, Agatha y Félix emprendieron un largo paseo por el campo, y el anciano, por deseo propio, se quedó solo en la cabaña. Cuando sus hijos se marcharon, tomó su guitarra y tocó varias melodías tristes, pero dulces, más dulces y tristes que nunca antes. Al principio, su rostro se iluminó de placer, pero, a medida que continuaba, la reflexión y la tristeza lo sucedieron; finalmente, dejando el instrumento a un lado, se sentó absorto en sus reflexiones.

«Mi corazón latía con fuerza; era la hora y el momento de la prueba que decidiría mis esperanzas o haría realidad mis temores. Los sirvientes se habían ido a una feria cercana. Todo estaba en silencio dentro y alrededor de la cabaña: era una excelente oportunidad; sin embargo, cuando procedí a ejecutar mi plan, me fallaron las extremidades y caí al suelo. Me levanté de nuevo y, ejerciendo toda la firmeza de la que era dueño, quité los tablones que había colocado delante de mi choza para ocultar mi refugio. El aire fresco me reanimó y, con renovada determinación, me acerqué a la puerta de su cabaña.

«Llamé.

«—¿Quién es? —dijo el anciano—. Pase.

«Entré.

«—Disculpe la intrusión —dije—, soy un viajero que necesita descansar un poco; me haría un gran

favor si me permitiera quedarme unos minutos frente al fuego.

«—Pase —dijo De Lacy—, y trataré de aliviar sus necesidades; pero, por desgracia, mis hijos no están en casa y, como soy ciego, me temo que me resultará difícil conseguirle comida.

«—No se preocupe, mi amable anfitrión, tengo comida; solo necesito calor y descanso.

«Me senté y se hizo el silencio. Sabía que cada minuto era precioso para mí, pero seguía indeciso sobre cómo comenzar la entrevista; cuando el anciano me habló:

«—Por su idioma, forastero, supongo que es mi compatriota; ¿es usted francés?

«—No; pero fui educado por una familia francesa y solo entiendo ese idioma. Ahora voy a reclamar la protección de unos amigos, a quienes quiero sinceramente y en cuyo favor tengo algunas esperanzas.

«—¿Son alemanes?

«—No, son franceses. Pero cambiemos de tema. Soy una criatura desdichada y abandonada; miro a mi alrededor y no tengo ningún pariente ni amigo en la tierra. Estas amables personas a las que me acerco nunca me han visto y saben poco de mí. Estoy lleno de temores; porque si fracaso allí, seré un paria en el mundo para siempre.

«—No desespere. No tener amigos es, sin duda, ser desafortunado; pero los corazones de los hombres, cuando no están prejuizados por ningún inte-

rés propio evidente, están llenos de amor fraternal y caridad. Confíe, por lo tanto, en sus esperanzas; y si estos amigos son buenos y amables, no desespere.

«—Son amables, son las criaturas más excelentes del mundo; pero, por desgracia, tienen prejuicios contra mí. Tengo buen carácter; mi vida hasta ahora ha sido inofensiva y, en cierto grado, beneficiosa; pero un prejuicio fatal les nubla la vista, y donde deberían ver a un amigo sensible y bondadoso, sólo ven a un monstruo detestable.

«—Eso es realmente lamentable; pero si usted es realmente inocente, ¿podría desengañarlos?

«—Estoy a punto de emprender esa tarea; y es por eso que siento tantos terrores abrumadores. Amo tiernamente a estos amigos; sin que ellos lo sepan, he tenido durante muchos meses el hábito de ser bondadoso con ellos a diario; pero creen que quiero hacerles daño, y es ese prejuicio el que quiero superar.

«—¿Dónde viven estos amigos?

«—Cerca de este lugar.

«El anciano hizo una pausa y luego continuó:

«—Si me confía sin reservas los detalles de su relato, quizá pueda serle útil para desengañarlos. Soy ciego y no puedo juzgar su semblante, pero hay algo en sus palabras que me convence de su sinceridad. Soy pobre y estoy exiliado; pero me proporcionará un verdadero placer ser útil de alguna manera a una criatura humana.

«—¡Excelente hombre! Le agradezco y acepto su generosa oferta. Me levanta del polvo con esta bondad; y confío en que, con su ayuda, no seré apartado de la compañía y la compasión de sus semejantes.

«—¡Dios no lo quiera! Incluso si fuera usted realmente criminal; porque eso solo podría llevarlo a la desesperación, y no incitarlo a la virtud. Yo también soy desdichado; mi familia y yo hemos sido condenados, aunque inocentes: juzgue, por tanto, si no me compadezco de sus desgracias.

«—¿Cómo puedo agradecerle, mi mejor y único benefactor? De sus labios escuché la primera voz bondadosa dirigida hacia mí; le estaré eternamente agradecido; y su presente humanidad me asegura el éxito con esos amigos que estoy a punto de conocer.

«—¿Podría saber los nombres y la residencia de esos amigos?

Hice una pausa. Éste, pensé, era el momento decisivo, que me robaría o me daría la felicidad para siempre. Luché en vano por encontrar la firmeza suficiente para responderle, pero el esfuerzo destruyó todas mis fuerzas restantes; me dejé caer en la silla y sollocé en voz alta. En ese momento escuché los pasos de mis jóvenes protectores. No tenía un momento que perder; pero, tomando la mano del anciano, grité:

«—¡Ahora es el momento! ¡Sálveme y protéjame! Usted y su familia son los amigos que busco. ¡No me abandone en la hora de la prueba!

«—¡Dios mío! —exclamó el anciano—, ¿quién es usted?

«En ese instante se abrió la puerta de la cabaña y entraron Félix, Safie y Agatha. ¿Quién puede describir su horror y consternación al verme? Agatha se desmayó; y Safie, incapaz de atender a su amiga, salió corriendo de la cabaña. Félix se abalanzó sobre mí y, con una fuerza sobrenatural, me arrancó de su padre, a cuyas rodillas me aferré. En un arrebató de furia, me tiró al suelo y me golpeó violentamente con un palo. Podría haberlo descuartizado, como el león desgarrá al antílope. Pero el corazón me dió un vuelco y me contuve. Lo vi a punto de repetir el golpe cuando, dominado por el dolor y la angustia, abandoné la cabaña y, en medio del tumulto general, escapé a mi choza sin que nadie me viera.»

Capítulo VIII

—¡MALDITO, maldito creador! ¿Por qué viví? ¿Por qué, en ese instante, no extinguí la chispa de existencia que tan despreocupadamente me habías otorgado? No lo sé; la desesperación aún no se había apoderado de mí; mis sentimientos eran de rabia y venganza. Con gusto habría destruido la cabaña y a sus habitantes, y me habría saciado con sus gritos y su sufrimiento.

«Al caer la noche, abandoné mi refugio y vagué por el bosque; y ahora, sin el temor a ser descubierto, desahugué mi angustia con aullidos aterradores. Era como una fiera que hubiera roto las redes; destruía los objetos que me obstruían y recorría el bosque con la rapidez de un ciervo.

«¡Oh, qué noche tan miserable pasé! Las estrellas heladas brillaban burlonamente, y los árboles desnudos mecían sus ramas sobre mí: de vez en cuando, la dulce voz de un pájaro se oía en medio de

la quietud universal. Todos, menos yo, descansaban o disfrutaban: yo, como el gran demonio, llevaba un infierno dentro; y, al no sentir compasión por mí, deseaba derribar los árboles, sembrar el caos y la destrucción a mi alrededor, y luego sentarme a disfrutar de la ruina.

«Pero este era un lujo de sensaciones insoportable; me fatigué por el exceso de esfuerzo físico y me hundí en la hierba húmeda con la enfermiza impotencia de la desesperación. No había nadie entre la multitud de hombres que me compadeciera o me ayudara; ¿y debía sentir bondad hacia mis enemigos? No: desde ese momento declaré la guerra eterna contra la especie y, sobre todo, contra quien me había formado y me había lanzado a esta miseria insoportable.

«Salió el sol; oí las voces de los hombres y supe que era imposible regresar a mi refugio durante ese día. Así que me escondí en un espeso matorral, decidido a dedicar las horas siguientes a reflexionar sobre mi situación.

«El sol agradable y el aire puro del día me devolvieron cierta tranquilidad; y al considerar lo sucedido en la cabaña, no pude evitar creer que me había precipitado en mis conclusiones. Ciertamente, había actuado con imprudencia. Era evidente que mi conversación había interesado al padre por mí, y fui un insensato al exponerme al horror de sus hijos. Debería haberme familiarizado con el viejo De Lacy y, poco a poco, haberme descubierto ante el resto de su

familia, cuando estuviesen ya preparados para mi llegada. Pero no creía que mis errores fueran irreparables; y, tras mucha reflexión, decidí volver a la cabaña, buscar al anciano y, con argumentos, ganarlo para mi causa.

«Estos pensamientos me tranquilizaron, y por la tarde caí en un sueño profundo; pero mi sangre enardecida no me permitió tener sueños tranquilos. La horrible escena del día anterior se repetía constantemente ante mis ojos: las mujeres huían, y Félix, enfurecido, me arrancaba de los pies de su padre. Desperté exhausto; y, al descubrir que ya era de noche, salí sigilosamente de mi escondite y fui en busca de comida.

«Cuando mi hambre se calmó, dirigí mis pasos hacia el conocido sendero que conducía a la cabaña. Allí todo estaba en paz. Me deslicé en mi choza y permanecí en silencio esperando la hora acostumbrada en que la familia se levantaba. Pasada la hora, el sol ya estaba en lo alto del cielo, pero los campesinos no aparecían. Temblé violentamente, temiendo alguna terrible desgracia. El interior de la cabaña estaba a oscuras y no oía ningún movimiento; no puedo describir la agonía de esta incertidumbre.

«En ese momento pasaron dos aldeanos; al detenerse cerca de la cabaña, entablaron conversación con gestos violentos, pero no entendí lo que decían, pues hablaban el idioma del país, que difería del de mis protectores. Poco después, sin embargo, Félix se acercó con otro hombre: me sorprendió, pues sabía

que no había salido de la cabaña esa mañana, y esperé con ansias descubrir, a partir de su discurso, el significado de estas inusuales apariciones.

«—¿Te has puesto a pensar —le dijo su interlocutor— que te verás obligado a pagar tres meses de alquiler y perder el producto de tu huerto? No quiero aprovecharme de ti, y por lo tanto te ruego que tomes unos días para reflexionar sobre tu decisión.

«—Es completamente inútil —respondió Félix—, nunca más podremos habitar su cabaña. La vida de mi padre corre gran peligro debido a la terrible circunstancia que le he relatado. Mi esposa y mi hermana nunca se recuperarán del horror. Le ruego que no razone más conmigo. Tome posesión de su vivienda y déjeme huir de aquí.

«Félix temblaba violentamente al decir esto. Él y el otro hombre entraron en la cabaña, donde permanecieron unos minutos, y luego se marcharon. Nunca más volví a ver a ningún miembro de la familia De Lacy.

«Continué el resto del día en mi choza en un estado de absoluta y estúpida desesperación. Mis protectores se habían marchado y habían roto el único vínculo que me unía al mundo. Por primera vez, sentimientos de venganza y odio llenaron mi pecho, y no intenté controlarlos; sino que, dejándome llevar por la corriente, orienté mi mente hacia el daño y la muerte. Pero cuando pensé en mis amigos, en la suave voz de De Lacy, los dulces ojos de Agatha y la exquisita belleza de la árabe, estos pensamientos se

desvanecieron, y un torrente de lágrimas me alivió un poco.

«Pero de nuevo, al reflexionar sobre el hecho de que me habían despreciado y abandonado, la ira regresó, un arrebató de ira; e, incapaz de dañar nada humano, dirigí mi furia hacia los objetos inanimados. Al avanzar la noche, coloqué diversos combustibles alrededor de la cabaña; y, después de haber destruido todo vestigio de cultivo en el jardín, Esperé con forzada impaciencia hasta que la luna se puso para comenzar mis operaciones.

«A medida que avanzaba la noche, un viento feroz se levantó del bosque y dispersó rápidamente las nubes que se habían posado en el cielo: la ráfaga azotó como una poderosa avalancha y produjo en mi espíritu una especie de locura que desbordó toda razón y reflexión.

«Encendí la rama seca de un árbol y dancé con furia alrededor de la devota cabaña, con la mirada fija en el horizonte occidental, cuyo borde casi rozaba la luna. Una parte de su órbita quedó finalmente oculta, y agité mi tea; la luna se hundió y, con un fuerte grito, prendí fuego a la paja, el brezo y los arbustos que había recogido. El viento avivó el fuego, y la cabaña quedó rápidamente envuelta por las llamas, que se aferraron a ella y la lamieron con sus lenguas bífidas y destructoras.

«En cuanto me convencí de que ninguna ayuda podría salvar parte alguna de la vivienda, abandoné el lugar y busqué refugio en los bosques.

«Y ahora, con el mundo por delante, ¿hacia dónde dirigiría mis pasos? Resolví huir lejos del escenario de mis desgracias; pero para mí, odiado y despreciado, todo país debía ser igualmente horrible. Finalmente, pensé en ti. Aprendí por tus escritos que eras mi padre, mi creador; ¿y a quién podría dirigirme con más acierto que a quien me dio la vida?

«Entre las lecciones que Félix le había impartido a Safie, no se había omitido la geografía: de ellas había aprendido la situación relativa de los diferentes países del mundo. Habías mencionado Ginebra como el nombre de tu ciudad natal; y hacia allí resolví encaminarme.

«Pero ¿cómo iba a orientarme? Sabía que debía viajar en dirección suroeste para llegar a mi destino; pero el sol era mi única guía. Desconocía los nombres de los pueblos por los que pasaría, ni podía pedirle información a nadie; pero no desesperé. Solo de ti podía esperar socorro, aunque hacia ti no sentía más que odio. ¡Creador insensible y despiadado! Me habías dotado de percepciones y pasiones, y luego me habías arrojado a la intemperie, convertido en objeto del desprecio y el horror de la humanidad. Pero solo en ti tenía derecho a compasión y reparación, y en ti decidí buscar esa justicia que en vano intenté obtener de cualquier otro ser que vistiera forma humana.

«Mis viajes fueron largos, y los sufrimientos que soporté, intensos. Era finales de otoño cuando abandoné el distrito donde había residido durante tanto

tiempo. Viajaba sólo de noche, temeroso de encontrarme con el rostro de un ser humano. La naturaleza se descomponía a mi alrededor, y el sol perdía su calor; la lluvia y la nieve caían a mi alrededor; los caudalosos ríos se congelaban; la superficie de la tierra era dura, fría y desnuda, y no encontraba refugio.

«¡Oh, tierra! ¡Cuántas veces maldije la causa de mi existencia! La dulzura de mi naturaleza había desaparecido, y todo en mí se convirtió en hiel y amargura. Cuanto más me acercaba a tu morada, más profundamente sentía el espíritu de venganza encenderse en mi corazón. Caía la nieve, y las aguas se endurecían, pero no me detuve.

«Algunos incidentes ocasionales me orientaron, y poseía un mapa del país; pero a menudo me desviaba del camino. La agonía de mis sentimientos no me daba tregua: cualquier suceso alimentaba mi rabia y mi desdicha; pero una circunstancia que ocurrió al llegar a los confines de Suiza, cuando el sol había recuperado su calor y la tierra comenzaba a reverdecer, confirmó de manera especial la amargura y el horror de mis sentimientos.

«Generalmente descansaba durante el día y viajaba solo cuando la noche me protegía de la vista de los hombres. Una mañana, sin embargo, al descubrir que mi camino atravesaba un espeso bosque, me aventuré a continuar mi viaje después de la salida del sol; el día, uno de los primeros de la primavera, me alegró incluso a mí con la hermosura de su

sol y la suavidad del aire. Sentí que emociones de dulzura y placer, que hacía tiempo parecían muertas, revivían en mí.

«Medio sorprendido por la novedad de estas sensaciones, me dejé llevar por ellas y, olvidando mi soledad y deformidad, me atreví a ser feliz. Suaves lágrimas volvieron a cubrir mis mejillas, e incluso alcé mis ojos húmedos con agradecimiento hacia el bendito sol que me había otorgado tanta alegría.

«Seguí serpenteando por los senderos del bosque hasta llegar a su límite, bordeado por un río profundo y caudaloso, en el que muchos árboles doblaban sus ramas, ahora rebosantes de brotes con la fresca primavera.

«Aquí me detuve, sin saber exactamente qué camino seguir, cuando oí el sonido de voces que me indujeron a ocultarme bajo la sombra de un ciprés. Apenas me había ocultado, una joven llegó corriendo hacia el lugar donde me había escondido, riendo como si huyera de alguien por diversión. Continuó su camino por las escarpadas orillas del río, cuando de repente resbaló y cayó en la rápida correntada.

«Salí corriendo de mi escondite y, con gran esfuerzo debido a la fuerza de la corriente, la salvé y la arrastré hasta la orilla. Estaba inconsciente; e intenté, por todos los medios a mi alcance, reanimarla, cuando de repente me interrumpió la llegada de un campesino, que probablemente era la persona de la que había huido juguetonamente.

«Al verme, se lanzó hacia mí y, arrancándome a la niña de los brazos, se apresuró hacia las partes más profundas del bosque. Lo seguí rápidamente, sin saber por qué; pero cuando el hombre me vio acercarme, me apuntó con un arma que llevaba y disparó. Caí al suelo, y mi atacante, con la mayor rapidez, escapó hacia el bosque.

«¡Esta fue entonces la recompensa a mi benevolencia! Había salvado a un ser humano de la destrucción y, como premio, ahora me retorció bajo el dolor miserable de una herida que me destrozó la carne y los huesos. Los sentimientos de bondad y dulzura que había albergado apenas unos momentos antes dieron paso a una furia infernal y al rechinar de dientes. Inflamado por el dolor, juré odio y venganza eternos a toda la humanidad. Pero la agonía de mi herida me venció; mi pulso se detuvo y me desmayé.

«Durante algunas semanas llevé una vida miserable en el bosque, intentando curar la herida que había recibido. La bala se había clavado en mi hombro y no sabía si se había quedado allí o si la había atravesado; en cualquier caso, no tenía forma de extraerla. Mis sufrimientos se vieron aumentados también por la opresiva sensación de injusticia e ingratitud de su causa. Cada día me prometía venganza, una venganza profunda y mortal, capaz de compensar los ultrajes y la angustia que había sufrido.

«Después de algunas semanas, mi herida sanó y continué mi viaje. Pero ni el brillo del sol ni las sua-

ves brisas de la primavera alcanzaban a aliviar las fatigas que soportaba; cualquier motivo de alegría era solo una burla que insultaba mi desolación y me hacía sentir con más dolor que no estaba hecho para el disfrute del placer.

«Pero mis esfuerzos llegaban a su fin; y, dos meses después, me encontré en los alrededores de Ginebra.

«Era de noche cuando llegué, y me retiré a un escondite entre los campos que la rodean, para meditar cómo debía acudir a ti. Estaba agobiado por la fatiga y el hambre, y demasiado infeliz para disfrutar de las suaves brisas del atardecer o de la perspectiva de la puesta de sol tras las imponentes montañas del Jura.

«En ese momento, un ligero sueño me alivió del dolor de la reflexión, perturbado por la llegada de un hermoso niño, que entró corriendo con toda su alegría infantil al rincón que yo había elegido. De repente, mientras lo contemplaba, me asaltó la idea de que esta pequeña criatura carecía de prejuicios y había vivido demasiado poco como para haber asimilado el horror a la deformidad. Si, por lo tanto, pudiera atraparlo y educarlo como mi compañero y amigo, no estaría tan desolado en esta tierra habitada.

«Movido por este impulso, agarré al niño cuando pasaba y lo atraje hacia mí. En cuanto vio mi figura, se tapó los ojos con las manos y lanzó un grito agudo. Le aparté la mano de la cara con fuerza y le dije:

«—Niño, ¿qué significa esto? No pretendo hacerte daño; escúchame.

«Forcejeó con violencia.

«—¡Suéltame! —gritó—. ¡Monstruo! ¡Maldito desgraciado! Quieres comerme y despedazarme. Eres un ogro. Suéltame, o se lo diré a mi papá.

«—Muchacho, nunca volverás a ver a tu padre; debes venir conmigo.

«—¡Monstruo horrible! Suéltame; mi papá es un síndico..., es el señor Frankenstein, y te castigaría. No te atrevas a retenerme.

«—¡Frankenstein! Entonces perteneces a mi enemigo, a aquel contra quien he jurado venganza eterna; serás mi primera víctima.

«El niño seguía forcejeando y me inundaba de epítetos que me llenaban de desesperación: le agarré el cuello para silenciarlo, y un instante después yacía muerto a mis pies.

«Contemplé a mi víctima, y mi corazón se llenó de júbilo y de un triunfo infernal: aplaudiendo, exclamé:

«—Yo también puedo crear desolación; mi enemigo no es inexpugnable; esta muerte lo desesperará, y mil otras desgracias lo atormentarán y destruirán.

«Al fijar la vista en el niño, vi algo que brillaba en su pecho. Lo tomé; era el retrato de una mujer bellísima. A pesar de mi maldad, me ablandó y me atrajo. Por unos instantes contemplé con deleite sus

ojos oscuros, bordeados de profundas pestañas, y sus hermosos labios; pero pronto regresó mi rabia: recordé que estaba privado para siempre de los deleites que criaturas tan hermosas podían brindar; y que aquélla cuyo semblante contemplaba habría cambiado al mirarme ese aire de divina bondad por otro expresivo de asco y espanto.

«¿Te extraña que tales pensamientos me llenaran de rabia? Solo me extraña que en ese momento, en lugar de desahogarme en exclamaciones y agonía, no me precipitara contra la humanidad y pereciera en el intento de destruirla.

«Abrumado por estos sentimientos, abandoné el lugar donde había cometido el asesinato y buscaba un escondite más apartado, cuando vi pasar a una mujer cerca de mí. Era joven, no tan hermosa como aquélla cuyo retrato sostenía, pero de aspecto agradable y radiante de juventud y salud. Aquí, pensé, está una de éstas cuyas sonrisas se derraman sobre todos menos sobre mí; no escaparé: gracias a las lecciones de Félix y a las leyes sanguinarias del hombre, he aprendido a hacer daño. Me acerqué a ella sin que nadie me viera y guardé el retrato en uno de los pliegues de su vestido.

«Durante algunos días rondé el lugar donde ocurrieron estas escenas; a veces deseando verte, a veces decidido a abandonar el mundo y sus miserias para siempre. Finalmente, vagué hacia estas montañas y he recorrido sus inmensos rincones, consumido por una pasión ardiente que solo tú puedes satis-

facier. No podemos separarnos hasta que hayas prometido cumplir con mi petición. Estoy solo y soy desdichado; ningún hombre quiere asociarse conmigo; pero alguien tan deforme y horrible como yo no se negaría a mí. Mi compañera debe ser de la misma especie y tener los mismos defectos. Debes crear este ser.»

Capítulo IX

EL ENTE terminó de hablar y fijó su mirada en mí esperando una respuesta. Pero yo estaba desconcertado, perplejo, incapaz de ordenar mis ideas lo suficiente como para comprender el alcance de su propuesta. Continuó:

—Debes crear una mujer para mí, con quien pueda vivir en el intercambio de esas simpatías necesarias para mi existencia. Esto solo tú puedes hacerlo; y te lo exijo como un derecho que no debes negar.

La última parte de su relato había reavivado en mí la ira que se había apagado mientras narraba su apacible vida entre los campesinos, y, cuando dijo esto, ya no pude contener la rabia que ardía en mi interior.

—Me niego —respondí—; y ninguna tortura podrá jamás arrancarme el consentimiento. Podrás hacerme el más miserable de los hombres, pero jamás me harás vil a mis propios ojos. ¿Acaso crearé a

otro como tú, cuya maldad conjunta podría desolar el mundo? ¡Fuera! Te he dado mi respuesta; podrás torturarme, pero jamás aceptaré.

—Estás equivocado —respondió el demonio— Y, en lugar de amenazar, me conformo con razonar contigo. Soy malvado porque soy desdichado; ¿acaso no soy rechazado y odiado por toda la humanidad? Tú, mi creador, me harías pedazos y triunfarías; recuérdalo y dime por qué debería compadecerme más de ese hombre que él de mí. No lo llamarías asesinato si pudieras precipitarme en una de esas grietas de hielo y destruir mi cuerpo, obra de tus propias manos.

«¿Debo respetar al hombre cuando me desprecia? Que viva conmigo en un intercambio de bondad, y, en lugar de injurias, le otorgaría todos los beneficios con lágrimas de gratitud por su aceptación. Pero eso no puede ser; los sentidos humanos son barreras infranqueables para nuestra unión. Sin embargo, la mía no será la sumisión de la esclavitud abyecta. Vengaré mis injurias: si no puedo inspirar amor, causaré miedo; y principalmente hacia ti, mi archienemigo porque eres mi creador, juro un odio inextinguible. Ten cuidado: trabajaré por tu destrucción, y no terminaré hasta desolar tu corazón, para que maldigas la hora de tu nacimiento.

Una furia diabólica lo animaba al decir esto; su rostro se arrugó en contorsiones demasiado horribles para que los ojos humanos las contemplaran; pero pronto se calmó y prosiguió:

—Intentaba razonar. Esta pasión me perjudica; y no te das cuenta de que eres la causa de su exceso. Si algún ser sintiera emociones de benevolencia hacia mí, se las devolvería multiplicadas por cien; por el bien de esa criatura, ¡haría las paces con toda la especie! Pero ahora me entrego a sueños de felicidad inalcanzables. Lo que te pido es razonable y moderado; exijo una criatura de otro sexo, pero tan horrible como yo: la gratificación es pequeña, pero es todo lo que puedo recibir, y me contentará. Es cierto que seremos monstruos, aislados del mundo; pero por eso estaremos más unidos el uno al otro. Nuestras vidas no serán felices, pero serán inofensivas y libres de la miseria que ahora siento. ¡Oh, creador mío, hazme feliz; permíteme sentir gratitud hacia ti por un beneficio! Permíteme comprobar que despierto la compasión de algo existente; ¡no rechaces mi petición!

Me conmovió. Me estremecí al pensar en las posibles consecuencias de mi consentimiento; pero sentí que había algo de justicia en su argumento. Su relato y los sentimientos que ahora expresaba demostraban que era una criatura de fina sensibilidad; ¿y acaso yo, como su creador, no le debía toda la felicidad que estaba en mi poder otorgarle?

Él advirtió mi cambio de actitud y continuó:

—Si consientes, ni tú ni ningún otro ser humano volverá a vernos jamás: iré a las vastas tierras salvajes de Sudamérica. Mi alimento no es el del hombre; no destruyo al cordero ni al cabrito para saciar

mi apetito; las bellotas y las bayas me nutren lo suficiente. Mi compañera será de mi misma naturaleza y se contentará con la misma comida. Haremos nuestra cama de hojas secas; el sol brillará sobre nosotros como sobre el hombre y madurará nuestra comida. La imagen que te presento es pacífica y humana, y debes sentir que solo podrías negarla en el desenfreno del poder y la crueldad. Aunque has sido despiadado conmigo, ahora veo compasión en tus ojos: permíteme aprovechar el momento favorable y persuadirte para que me prometas lo que tan ardientemente deseo.

—Me propones huir de las moradas del hombre —respondí—, para morar en esas tierras salvajes donde las bestias del campo serán tus únicas compañeras. ¿Cómo podrás tú, que anhelas el amor y la compasión del hombre, perseverar en este exilio? Regresarás y buscarás de nuevo su bondad, y te encontrarás con su aborrecimiento; tus malas pasiones se reavivarán, y tendrás además una compañera que te ayude en la tarea de la destrucción. Esto no puede ser; deja de discutir, porque no puedo consentirlo.

—¡Qué inconstantes son tus sentimientos! Hace apenas un momento te conmovieron mis argumentaciones, ¿y por qué te endureces de nuevo ante mis quejas? Te juro, por la tierra que habito y por ti que me creaste, que, con la compañía que me brindes, abandonaré la vecindad del hombre y moraré, como sea, en los lugares más salvajes. Mis malas pasiones

se habrán disipado, pues encontraré compasión; mi vida fluirá tranquilamente y, cuando llegue mi hora, no maldeciré a mi creador.

Sus palabras tuvieron un extraño efecto sobre mí. Lo compadecí y por momentos sentí deseos de consolarlo; pero al mirarlo, al ver esa masa inmundada que se movía y hablaba, se me estrujaba el corazón y mis sentimientos se transformaban en horror y odio. Intenté reprimir estas sensaciones; pensé que, si bien no podía simpatizar con él, no tenía derecho a negarle la pequeña porción de felicidad que aún podía brindarle.

—Juras ser inofensivo —le dije—; pero ¿no has mostrado ya un grado de maldad que razonablemente me haría desconfiar de ti? ¿No será incluso esto una finta que aumente tu triunfo al brindarte un mayor margen para la venganza?

—¿Cómo es esto? Creí haber conmovido tu compasión, y aun así te niegas a concederme el único beneficio que puede ablandar mi corazón y volverme inofensivo. Si no tengo vínculos ni afectos, el odio y el vicio deben ser mi porción; el amor de otro destruirá la causa de mis crímenes, y me convertiré en algo de cuya existencia nadie tendrá noticia. Mis vicios son hijos de una soledad forzada que aborrezco; y mis virtudes surgirán necesariamente cuando viva en comunión con un igual. Sentiré los afectos de un ser sensible y me vincularé a la cadena de la existencia y los acontecimientos, de la que ahora estoy excluido.

Me detuve un momento para reflexionar sobre todo lo que había relatado y los diversos argumentos que había empleado. Pensé en la promesa de virtudes que había mostrado al comienzo de su existencia y en la posterior ruina de toda bondad por el desprecio y el desprecio que sus protectores habían manifestado hacia él. Su poder y sus amenazas no fueron omitidos en mis cálculos: una criatura que podía vivir en las cuevas de hielo de los glaciares y esconderse de la persecución entre las crestas de precipicios inaccesibles, era un ser con facultades a las que sería inútil enfrentarse. Tras una larga pausa de reflexión, concluí que la justicia debida tanto a él como a mis semejantes exigía que accediera a su petición. Volviéndome hacia él, le dije:

—Acepto tu demanda, bajo tu solemne juramento de abandonar Europa para siempre así como cualquier otro lugar cercano al hombre, tan pronto como entregue en tus manos a una mujer que te acompañe en tu exilio.

—Juro —exclamó—, por el sol y por el cielo azul, que si accedes a mi súplica, mientras existan, nunca volverás a verme. Vete a tu casa y comienza tus labores: observaré su progreso con indescriptible ansiedad; y no temas que cuando estés listo, apareceré.

Dicho esto, me abandonó súbitamente, temeroso, tal vez, de cualquier cambio en mis sentimientos. Lo vi descender de la montaña con mayor velocidad que el vuelo de un águila, y rápidamente lo perdí entre las ondulaciones del mar de hielo.

Su relato me había ocupado todo el día; y el sol estaba al borde del horizonte cuando partió. Sabía que debía apresurar mi descenso hacia el valle, pues pronto me envolvería la oscuridad; pero tenía el corazón apesadumbrado y el paso lento. El esfuerzo de serpentear por los senderos de las montañas y de andar con pie firme me dejaba perplejo, ocupado como estaba por las emociones que los sucesos del día me habían provocado.

La noche estaba muy avanzada cuando llegué al lugar de descanso a mitad de camino y me senté junto a la fuente. Las estrellas brillaban a intervalos, mientras las nubes las apartaban; los oscuros pinos se alzaban ante mí, y aquí y allá yacía un árbol roto en el suelo: era una escena de maravillosa solemnidad, que me despertó extraños pensamientos. Lloré amargamente; Y, apretando las manos con agonía, exclamé:

—¡Oh! Estrellas, nubes y vientos, todos vosotros estáis a punto de burlaros de mí: si de verdad me tenéis lástima, aplastad la sensación y el recuerdo; haced que me convierta en nada; pero si no, idos; idos y dejadme en la oscuridad.

Estos eran pensamientos desesperados y deplorables; pero no puedo describirte cómo me oprimía el eterno centelleo de las estrellas, y de qué manera escuchaba cada ráfaga de viento como si fuera un siroco apagado y feo que iba a consumirme.

Amaneció antes de que llegara a la villa de Chamonix; pero mi presencia, tan demacrada y extra-

ña, apenas calmó los temores de mi familia, que había esperado toda la noche ansiosa por mi regreso.

Al día siguiente volvimos a Ginebra. La intención de mi padre al venir había sido distraerme y devolverme la tranquilidad perdida; pero la medicina había sido fatal. E, incapaz de explicarse la excesiva desdicha que yo parecía sufrir, apresuró el regreso a casa con la esperanza de que la calma y la monotonía de la vida doméstica aliviaran gradualmente mis sufrimientos, cualquiera fuese su causa.

En cuanto a mí, asistí pasivamente a todos los preparativos; y el tierno cariño de mi amada Elizabeth fue insuficiente para sacarme de mi profunda desesperación. La promesa que le había hecho al demonio pesaba sobre mi mente, como la cogulla de hierro de Dante sobre las cabezas de los hipócritas infernales. Todos los placeres de la tierra y del cielo pasaban ante mí como un sueño, y ese pensamiento tenía para mí la realidad de la vida. ¿Te sorprende que a veces me poseyera una especie de locura, o que viera continuamente a mi alrededor una multitud de animales inmundos que me infligían una tortura incesante, que a menudo me arrancaba gritos y amargos gemidos?

Poco a poco, sin embargo, estos sentimientos se calmaron. Volví a la vida cotidiana, si no con interés, al menos con cierta tranquilidad.

Fin del Tomo II

Frankenstein
por
Mary W. Shelley

Edición original
Londres, 1818

Traducción, revisión, notas y edición digital
© In Octavo, 2025